
LUNA
ENSANGRENTADA
VAN S. SMITH
IBAÑEZ
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO


VAN S. SMITH
LUNA ENSANGRENTADA
EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 - VALENCIA
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO

Depósito legal n.° 2673-1961.
Registro n.° 4910-1961.
PRINTED IN SPAIN
EDITORIAL VALENCIANA. - VALENCIA



CAPÍTULO I

Aquella mañana, el equipo arqueológico que trabajaba en las ruinas de la ciudad marciana de Eboor, a un tiro de fusil del «Planeten Hotel», había realizado un nuevo hallazgo; el de una efigie gigantesca fundida en oro puro, cuyos ojos estaban formados por dos esmeraldas del tamaño de pelotas de «baseball».

Gustav Bettelheim siempre se acordaría de este detalle, porque fue poco después de difundirse la nueva de este descubrimiento cuando se recibió el dramático y conciso radiograma de la Tierra, retransmitido desde la Luna por el personal de la base interplanetaria Hohenstaufen.

Si el reducido grupo de terrestres que en aquel momento se encontraba en Marte hubiese sido supersticioso, bien podría haberse atribuido al ídolo profanado el origen de la catástrofe que conmovía a la Tierra.

Sin embargo, existían escasos fundamentos para achacar a ninguna influencia diabólica del fetiche marciano los sucesos de la lejana Tierra. La guerra, que desde la mitad de aquel siglo se estimaba inevitable, había estallado al fin, y los dos colosos, Rusia y los Estados Unidos, se enfrentaban manejando sus mortíferos artefactos de destrucción en masa.

Los turistas que a su turno disfrutaban de las delicias y sorpresas de un

viaje interplanetario, norteamericanos en su mayoría, se encontraban fuera en aquel momento, admirando la efigie de oro que el profesor Heyermans acababa de desenterrar de la arena.

-Hay que hacerles volver al Hotel enseguida -dijo apurado el señor Opitz, director gerente del Hotel Planetario.

-¿Para qué? -preguntó Gustav.

-Pues para darles la noticia, naturalmente.

-No veo que haya tanta urgencia. Dentro de una hora volverán a almorzar. Quizás para entonces tengamos alguna otra noticia más de lo que está ocurriendo -apuntó Holbein, el administrador.

Muy preocupado, Gustav se dirigió al pabellón donde estaban los alojamientos de las tripulaciones de las grandes aeronaves, juntamente con los del personal de tierra y la potente estación de radio cuya enorme antena parabólica se alzaba como un gigantesco girasol sobre el techo de la sólida edificación de acero y cemento.

Gustav todavía se encontraba en la sala de radio cuando se vio a los huéspedes que venían en grupo, procedentes del Hotel, bien arrebujados en sus prendas de abrigo y con sus correspondientes máscaras de oxígeno.

Hubo un compás de espera mientras los visitantes pasaban por la esclusa del aire al interior climatizado del pabellón, donde la cantidad de oxígeno era suficiente para permitir a sus habitantes ir de un lado a otro sin máscaras y sin ropa de abrigo. Luego, el grupo se precipitó en la sala de radio capitaneado por el millonario Dabney.

-Queremos saber qué es lo que está ocurriendo allá en la Tierra. ¿Seguro que no hay error en esa pretendida declaración de guerra entre mi país y la Unión Soviética? -preguntó Dabney.

La costumbre del millonario era de gritar siempre que se dirigía a alguien que él considerara en un nivel económico inferior, y eran muy pocas las personas que podían equipararse a él en fortuna.

Detrás de Dabney estaba el resto del grupo de turistas interplanetarios expresando en sus rostros su ansiedad. Pero Gustav apenas si les vio. Detestaba a Dabney con todos sus millones, con su gordura pesada y adiposa, con la insolencia de sus pequeños ojos rodeados de grandes bolsas.

Gustav tomó la hoja de papel donde el radiotelegrafista había ido escribiendo la traducción al inglés de los mensajes recibidos en la última hora, y se la tendió a Dabney.

El millonario leyó en voz alta:

-Nueva York destruido... Chicago, Washington y San Francisco aniquilados...

Dabney estrujó el papel entre sus manos regordetas y lo arrojó con furia al suelo.

-¡Imposible! -gritó colérico-. Mi país posee la fuerza bélica más

poderosa del mundo. ¡Nadie, nadie puede atacar impunemente a los Estados Unidos!

La señora Tressler dejó escapar un grito:

-¡Mis hijos! -y se arrojó sollozando en brazos de su pálido marido. Los Tressler eran de Nueva York.

La señora Maisel cayó redonda al suelo sin sentido, sin haber pronunciado la más leve queja.

Dabney seguía gritando como un energúmeno:

-¡Ya pueden ir preparándose esos malditos rojos! ¡Los aniquilaremos! ¡Los reduciremos a cenizas! ¡Nadie posee la tremenda fuerza destructora de los Estados Unidos!

Gustav saltó impetuosamente en pie, asió al gordinflón por las solapas y lo empujó violentamente atrás contra el muro.

-¡Cállese de una vez, imbécil! -gritó el piloto, ya colmada su paciencia-. ¿Qué nos importa a los demás que su país posea en mayor cantidad las más grandes bombas atómicas del mundo? Aunque ustedes reduzcan a cenizas a la Unión Soviética, ¿devolverán con eso la vida a los millones de inocentes que caigan de uno y otro bando? ¡Pregúntele a la señora Tressler si se siente orgullosa de saber que en alguna otra parte del mundo, unos pobres muchachos rusos morirán también abrasados para consolarle de la pérdida de sus hijos!

Los ojos del gordinflón se clavaron con asombro y temor en el joven rostro del piloto. No obstante se insufló alientos a sí mismo diciendo entre dientes:

-Se arrepentirá usted de esto, comandante Bettelheim. Yo haré que le despidan. ¡Sí, haré que le arrojen de su empleo a puntapiés!

Gustav volvió desdeñosamente la espalda a Dabney para ocuparse del resto de los expedicionarios.

El grupo, formado de veinte personas, había arribado a Marte una semana atrás integrando la 22ª Expedición Espacial bajo el mando de Gustav Bettelheim, organizada por la Compañía Hohestaufen de Viajes Interplanetarios, primera en el mundo que ofrecía la novedad de un largo viaje espacial a Marte con estancia de dos semanas a todo confort en este último planeta.

Tres meses de viaje por el espacio habían proporcionado a Gustav ocasión más que sobrada para conocer a cada uno de los componentes de la expedición en sus defectos y cualidades, tanto como a los viajeros para conocerse entre sí.

De los veinte pasajeros de Gustav Bettelheim, once eran de nacionalidad norteamericana; dos franceses, un canadiense, un australiano, tres hispanoamericanos y dos ingleses radicados en Colombia. A todos había afectado profundamente la noticia de la declaración de guerra, y de

forma más directa a los norteamericanos cuyas ciudades en aquel momento debían estar siendo aniquiladas por los proyectiles nucleares de sus enemigos.

Los Maisel, por ejemplo, eran un matrimonio maduro, dueños de unos grandes mataderos de Chicago, en cuya ciudad tenían su residencia y la de sus hijos.

Otro joven matrimonio, los Stafford, poseían extensas propiedades petrolíferas en Texas, donde ambos tenían a sus respectivos padres. Otro millonario era McKee, el cual hacía este viaje en compañía de una joven y bella actriz cinematográfica llamada Lucile Jensen, de origen sueco, nacionalizada norteamericana.

McKee, que ya había doblado la esquina de los 45, se había divorciado de su mujer y tenía dos hijos en Boston.

Probablemente, de entre el grupo de los norteamericanos, el que menos cuidado sentía por su familia era el gordinflón Dabney, que era viudo y hacía este viaje interplanetario en compañía de su hija Cornelia y su hijo Bob. Por esta razón, sin duda, Dabney despotricaba y amenazaba lleno de patriótico ardor mientras el resto del grupo guardaba sombrío y penoso silencio.

La señora Maisel recobró el sentido rompiendo a llorar.

-¡Mis hijos... mis hijos! -no cesaba de gemir.

-Creo que deberían regresar todos al Hotel -dijo Gustav.

-De ninguna forma -dijo el obstinado Dabney-. Yo me quedo aquí junto a la radio. Quiero ser el primero en saber que los proyectiles nucleares norteamericanos están cayendo sobre Moscú y Pekín.

Entre el resto del grupo, algunos también estaban ansiosos de saber más cosas de lo que estaba ocurriendo en la Tierra, pero Gustav finalmente logró convencerles de que estarían igualmente bien informados en el Hotel, el cual se comunicaba por una línea da teléfono con el pabellón de la radio.

Un sendero de hormigón llevaba desde el alojamiento del personal de la base al Hotel Planetario. Existía un proyecto para unir ambos edificios por medio de un tubo de acero de suficiente diámetro enterrado en la arena del desierto, pero la realización de un proyecto en apariencia tan simple, representaba un gasto extraordinario.

Los materiales de construcción, traídos desde la Tierra, a 60 millones de kilómetros de distancia, resultaban a un precio astronómico en Marte.

Tal vez en el futuro los proyectos de la Compañía Astronáutica Hohestaufen recibieran un formidable impulso, al ser posible utilizar los materiales extraídos de las ruinas de la ciudad marciana de Eboor. Parte de estos materiales ya habían sido empleados en la construcción del Hotel Planetario, especialmente en forma de vigas, varillas y tuberías de acero inoxidable.

El Hotel Planetario se erigía sobre una pequeña colina ofreciendo de lejos un curioso aspecto. Varias secciones metálicas en forma de grandes cajones se habían ido agregando unas a otras a medida que se ampliaba la primitiva instalación.

Con sus ventanos redondos, sus escalerillas y sus pasamanos de acero, incluso el mástil donde flameaba la bandera de Alemania, el edificio parecía más bien un barco enterrado en la arena del que sólo asomara su obra muerta superior.

Aunque no pudiera decirse que fuese una construcción bella ni elegante, el Hotel reunía en su interior todas las comodidades exigidas por sus selectos huéspedes: oxígeno a presión, aire acondicionado y habitaciones individuales con cuarto de baño y agua caliente.

El hallazgo de agua dulce a cierta profundidad, previo sondeo del subsuelo marciano, había sido factor principalísimo para la permanencia del terrícola en aquel planeta.

Marte poseía muy poca agua, y ésta había que ir a buscarla en forma de nieve y de hielo en los polos, siendo necesario reunir una gran cantidad de nieve para sacar un solo litro de agua. Pero en sus entrañas, el moribundo Marte guardaba todavía importantes cantidades de agua, elemento vital para la supervivencia del hombre de la Tierra en aquel mundo de naturaleza hostil.

El segundo elemento vital, el oxígeno, existía en la atmósfera de Marte, aunque en proporciones también pequeñas.

En total, el contenido de oxígeno del aire marciano, venía a ser semejante al de la atmósfera terrestre por arriba de los 12.000 metros de altura. Pero incluso a 12.000 metros de altura, los aviones podían volar comprimiendo el aire en sus motores.

Éste era también el sistema adoptado por la Compañía Hohestaufen para proveer a sus huéspedes y al personal de su base de todo el oxígeno que pudieran necesitar. Un equipo de compresores, movidos por un reactor nuclear, introducía aire en el interior del refugio a la presión adecuada. El reactor nuclear, con combustible para funcionar cinco años, sin interrupción, suministraba además toda la energía eléctrica para los demás servicios, desde alumbrado y calefacción, hasta para guisar y mover la bomba que extraía el agua del pozo.

En caso de fallar el reactor atómico, la base podía servirse de su equipo auxiliar de baterías eléctricas de células de combustible, en las que la combinación del oxígeno y el hidrógeno producían una reacción eléctrica directamente utilizable, incesante mientras se les siguiera proporcionando combustible.

Toda la instalación, incluyendo las grandes aeronaves que hacían el servicio regular entre Marte y la Luna y la Estación de

Reaprovisionamiento en la Luna, representaban el esfuerzo más grande realizado por el hombre de la Tierra en vistas a la conquista del espacio.

En realidad, la Compañía Hohestaufen de Navegación, no se había propuesto nunca colonizar los planetas. Sus conquistas, al menos, estaban limitadas a sus necesidades comerciales. Los incesantes viajes de sus poderosas aeronaves cumplían un objetivo puramente comercial: ganar dinero en el transporte de viajeros. Sus instalaciones en la Luna y Marte se reducían a proporcionar a su adinerada clientela un refulgió seguro y confortable.

Mas así y todo, la empresa había sido realizada a un costo tan elevado que ni siquiera los gobiernos de países tan ricos como la Unión Soviética y los Estados Unidos habían podido seguir a la Compañía Hohestaufen en el ritmo de sus conquistas personales.

La Compañía, hasta el momento presente, todavía no había cubierto los gastos iniciales de su organización interplanetaria. Pero la fortuna está del lado de los audaces y la Compañía Hohestaufen pronto iba a amortizar el costo de su audaz empresa con el valor de los hallazgos realizados en las ruinas de la milenaria ciudad marciana de Eboor.

El profesor Heyermans ya estaba de regreso en el Hotel Planetario para almorzar, cuando Gustav Bettelheim llegó con los huéspedes.

Alto, extremadamente flaco, cargado de espaldas y descuidado en el vestir, Heyermans se identificaba sin esfuerzo ni amaneramiento con la visión cinematográfica que Hollywood presentaba del sabio distraído y un poco loco.

-No vino usted a ver nuestro hallazgo, Bettelheim. ¡Oh, magnífico, magnífico! La efigie es de oro puro, y aunque hueca no debe bajar de las cinco o seis toneladas de peso, si como me figuro está fundida de cuerpo entero.

-Un buen hallazgo, Profesor. ¿Cuánto le calcula que puede valer, al precio que rige la onza de oro en Alemania en la actualidad?

-Una fortuna, una inmensa fortuna. Sin embargo, su valor es todavía mayor arqueológicamente hablando. Sería... ¡vamos! Constituiría un acto de barbarie fundir esa preciosa representación del arte y la religión de la extinta raza marciana, para convertirla en lingotes de oro para su venta -los vivos ojos azules del profesor brillaron con inquietud tras los gruesos cristales de sus gafas. Miró pensativamente a Gustav, que había tomado asiento a su mesa-. ¿Usted cree que la Compañía Hohestaufen es capaz de cometer un sacrilegio de esta clase?

Gustav se encogió de hombros. Era un joven alto, fuerte y rubio, de facciones duras y ojos agudos color gris acerado.

-Es usted un tipo raro, Heyermans. Aquí le tenemos preocupándose por la suerte que pueda correr un estúpido ídolo de oro, mientras ni parece

acordarse que allá en la Tierra acaba de estallar una guerra que puede aniquilar a la Humanidad entera.

-¡Ah, la guerra! -exclamó el arqueólogo frotándose la nariz-. Es cierto, me había olvidado de ella. ¿Cree usted que uno y otro bando se atreverán a emplear las armas nucleares?

-Ya lo están haciendo, señor Heyermans, Nueva York, Chicago, San Francisco y Washington han sido borradas del mapa por otras tantas explosiones nucleares.

-¡Dios mío! ¿Cree que la destrucción nos alcanzará también a nosotros, los alemanes? -preguntó el sabio palideciendo.

-No confiemos demasiado en nuestra neutralidad. Durante algún tiempo, los dos bandos se machacarán con proyectiles atómicos hasta que no quede en pie ninguna de sus ciudades ni una sola de sus fábricas. Luego, tal vez, los rusos nos ocuparán, o nos ocuparán los americanos, o unos y otros se encontrarán en nuestro territorio para acabar de destruirse... y de paso destruimos a nosotros. Eso es lo malo de las guerras modernas. Nadie, ni aun queriéndolo, puede permanecer al margen de la contienda.

-Tengo a mi hija en Berlín. ¡Pobre Louise, quiera Dios que no le ocurra nada! -exclamó el profesor.

Berthold Krogh, Jerry Teubner y Friederich Steinmetez, entraron juntos y vinieron a sentarse a la misma mesa con Bettelheim y el profesor Heyermans.

Krogh, Teubner y Steinmetez formaban con Gustav la tripulación masculina de la aeronave espacial «K-3». La tripulación se completaba con dos muchachas azafatas: Lotte Dalhberg y Mary Clocher. Pero como el personal de la base había de ser forzosamente reducido, las tripulaciones ayudaban también en «tierra», y las azafatas pasaban a desempeñar el oficio de doncellas, que al fin y al cabo no era muy distinto de lo que venían haciendo durante los largos meses de viaje a bordo de la aeronave.

Durante el almuerzo, la tripulación de Gustav comentó largamente los sucesos de la Tierra. Hacia el final, Alfred Opitz se acercó a la mesa de los cosmonautas seguido de todos los huéspedes, incluso de Dabney, que había entrado mientras los demás almorzaban.

-Comandante Bettelheim -dijo el director de la base-. Ha surgido un problema que usted debe ayudarme a resolver.

-¿Qué ocurre? -preguntó Gustav poniéndose en pie.

-Nuestros huéspedes desean regresar cuanto antes a la Tierra. Muchos de ellos tienen familiares en las ciudades destruidas por las bombas atómicas. Como es natural, se sienten preocupados por la suerte que les haya cabido a los suyos.

-Todavía tienen derecho a permanecer una semana en Marte por el importe del billete que pagaron. ¿Por qué no esperan una semana más

mientras recibimos información más completa de lo que está ocurriendo en la Tierra?

-No, queremos regresar en seguida -dijo el enérgico míster McKee.

-Piensen que en el curso de nuestro largo viaje pueden cambiar de opinión, desear entonces volver a Marte, y verse obligados a seguir contra su voluntad hasta aterrizar en la Tierra -apuntó Gustav.

-¡Bah, qué tontería! -bufó Dabney con desdén-. ¿Para qué habíamos de querer volver atrás hasta este inhóspito desierto?

-Es posible que este inhóspito desierto sea el único lugar donde se pueda venir huyendo de un envenenamiento radiactivo total de la atmósfera terrestre. Muchos desearían encontrarse en lugar de ustedes en este momento. En cambio, ustedes, quieren abandonar este oasis de paz y regresar a los horrores de una guerra atómica global. De veras que no les entiendo.

Los viajeros se miraron unos a otros llenos de perplejidad.

-¡Bobadas! -exclamó Dabney-. La Tierra no va a quedar envenenada radiactivamente por muchas bombas atómicas que se hagan estallar. La lógica lo demuestra. Nadie emprendería una guerra atómica si supiera que, vencido o vencedor, había de ser aniquilado al mismo tiempo que su enemigo. Por lo demás, aunque así fuera, ¿qué probabilidades tendríamos de sobrevivir en Marte mientras la Humanidad perecía entera en la Tierra? Esta base depende de las naves espaciales y del reaprovisionamiento ininterrumpido desde la Tierra. Si la Tierra pereciera, la pequeña colonia expatriada en este minúsculo refugio perecería también. Yo digo que quiero regresar. Y si los demás quieren quedarse, allá ellos. Que se queden. Mi billete me da derecho a un viaje de vuelta a la Tierra, y eso es lo que quiero hacer.

-Está bien -dijo Gustav secamente-. Aunque todos los demás, e incluso usted mismo cambiaran de opinión de aquí a mañana y quisieran quedarse, le metería a la fuerza en mi aeronave y le desembarcaría en la Tierra aunque se negara a ello. Lo haría al menos con usted, aunque a mí me tocara fastidiarme.

La postura de Dabney, sin embargo, prosiguió tenaz toda la tarde de aquel día, aquella noche y todo el día siguiente mientras la tripulación y el personal de la base hacían los preparativos de costumbre en la potente aeronave.

Cuando el sol se ponía tras el horizonte marciano, los pasajeros treparon hasta la aeronave, Gustav Bettelheim ocupó su puesto y el gigantesco aparato despegó.

CAPÍTULO II

Las noticias que llegaban hasta el receptor de la aeronave en ruta, procedían de la estación emisora de la Luna y eran en su mayor parte confusas, a veces contradictorias.

Como era de esperar, los bandos beligerantes no radiaban los propios daños sufridos, y en ocasiones ignoraban los que habían infligido al enemigo. Era difícil en estas condiciones saber con certeza lo que estaba ocurriendo, si bien cabía formarse una idea bastante aproximada.

Durante dos meses, a partir del momento de la ruptura de hostilidades, soviéticos y norteamericanos se bombardearon mutuamente poniendo en juego todos los artefactos destructores acumulados en un largo periodo de precaria paz, durante la cual se habían contemplado con hostilidad, dispuestos en mil ocasiones a saltar el uno sobre el otro.

Al cabo de sesenta días de incesantes bombardeos atómicos, los beligerantes se detuvieron como para cobrar alientos. Los destrozos debían ser enormes de un lado y otro, y posiblemente ambos necesitaran esta tregua para reunir los restos de sus fuerzas utilizables antes de lanzarse al último asalto.

Mientras tanto, la aeronave «K-4» en su vuelo 23, que debería haberse cruzado con la «K-3» a las seis semanas de haber salido ésta de Marte, había recibido orden de virar y regresar inmediatamente a la Base Hohestaufen de la Luna.

Con un mes de delantera a la aeronave de Gustav Bettelheim, la «K-4» arribó a la Luna en el momento que los beligerantes en la Tierra abrían una tregua de descanso.

La base lunar de Hohestaufen comunicó al comandante Bettelheim el feliz alunizaje de la «K-4», y aquel mismo día la emisora dejó de funcionar. En vano el inquieto Gustav ordenó sucesivamente a Steinmetez y Teubner que lanzaran llamada tras llamada a la base lunar. No hubo respuesta.

-¿Qué puede haber pasado allá? -preguntaba el capitán Krogh mordiéndose las uñas-. Es tontería suponer que la emisora pueda haberse estropeado, o que la pila atómica se haya estropeado. En un caso u otro, cuentan con otras emisoras y otras fuentes de energía de reemplazo.

-No, eso no puede ser motivo del silencio de nuestro compañeros -negó Gustav moviendo la cabeza-. Pero tanto los rusos como los americanos poseen bases en la Luna. Es razonable suponer que la guerra se haya extendido también a sus respectivas bases lunares.

-Pero nosotros somos neutrales. Al menos lo éramos hasta que la emisora de la Luna dejó de comunicar -protestó Berthold Krogh.

-Mucho me gustaría equivocarme. Sin embargo, creo como muy posible que bien los rusos o los americanos hayan ocupado militarmente

nuestra base, interrumpiendo las comunicaciones normales entre la base y la Tierra y nosotros. Intentaremos comunicar directamente con la base de cohetes en Alemania, puesto que nos acercamos cada vez más a la Tierra.

En efecto, la Tierra era ya visible en las pantallas de televisión de a bordo, brillando como una pequeña esfera del tamaño de una naranja contra el fondo negro del espacio tachonado de estrellas.

A partir de este momento los cosmonautas comenzarían a escuchar cada vez más claras las señales de radio procedentes de la Tierra.

Turnándose ante el aparato emisor de radio, Teubner y Steinmetez lanzaron llamada tras llamada a la estación receptora de la Compañía Hohestaufen en Alemania.

La respuesta no llegó hasta dos semanas más tarde:

«SIN NOTICIAS BASE LUNA. ADOPTEN PRECAUCIONES AL ALUNIZAR. SALVE AERONAVE A CUALQUIER PRECIO. MUY IMPORTANTE. SALVE AERONAVE EVITANDO SEA APRESADA POR NADIE.»

Mark Hohestaufen, presidente propietario de la Compañía de Navegación Astral, firmaba personalmente este mensaje. El mensaje fue repetido varias veces, incluso después de haber dado Gustav cuenta de haberlo recibido.

-¿Qué querrá decir Hohestaufen con eso de que debemos salvar la aeronave a cualquier precio? -murmuró Gustav pensativo.

-Seguramente, eso quiere decir que estamos amenazados de perder la máquina apenas alunicemos -dijo Teubner.

-El jefe no pudo haber sido más conciso -gruñó Krogh.

-O tal vez no pueda -objetó Gustav-. Tal vez el propio Hohestaufen ignore lo que ha ocurrido en la Luna con nuestra base y el personal que teníamos en ella. Adoptaremos esas precauciones. Y si alguien intenta arrebatarnos nuestra aeronave, sea ruso, americano o alemán, va a encontrarse con las bocas de nuestras ametralladoras para llegar a ella.

-¿No crees que convendría poner en guardia a los pasajeros también?

-Ya veremos.

* * *

La aeronave, con las toberas de popa apuntando a la Luna, frenaba en la operación final antes de alunizar, cuando el comandante Bettelheim llamó a los pasajeros a la gran cámara comedor.

-Les he reunido aquí para darles cuenta de algo que puede ser muy importante -dijo Gustav-. Estamos descendiendo hacia la Luna, como ustedes ya saben. Dentro de un par de horas, a menos que ocurra algún

contratiempo, alunizaremos en nuestra base.

Miss Lucile Jensen, la actriz cinematográfica, sonrió con coquetería y dijo maullando en su nasal inglés americano:

-Por su tono y su cara, casi había temido que fuera a darnos una noticia mucho peor. Todos tenemos verdaderas ganas de vernos en la Luna, a un paso como quien dice de casa.

-No se precipite, miss Jensen. Es posible que no todo suceda de la manera feliz y sencilla que usted se imagina. Nuestra base lunar lleva un mes de completo mutismo. No sabemos qué pueda haber ocurrido allí, ni lo saben en nuestra base terminal de Alemania. Nos recomiendan mucha precaución al alunizar. Ignoramos el peligro que nos amenaza, pero debemos estar preparados para hacerle frente. Por eso les he llamado.

-Espere, ¿qué significa esto? -rugió el millonario Dabney apartando al venezolano Vargas para acercarse a Gustav-. Antes de emprender este viaje, la Compañía Hohestaufen nos garantizaba plena seguridad tanto a bordo de sus aeronaves como durante en la estancia en sus bases de la Luna y Marte.

-Una seguridad relativa, se entiende -rectificó Gustav.

-¡Completa! -gritó Dabney.

-Perdone usted -dijo Vargas a espaldas del millonario yanqui-. No recuerdo que en los folletos de propaganda ni en el contrato que firmamos con la Compañía Hohestaufen figurara ningún párrafo que hiciera alusión a esa completa seguridad. Todos nos ufanábamos de tener en medida suficiente las dos cosas indispensables para hacer esta excursión a Marte: dinero para pagar el pasaje y valor para afrontar los peligros que pudieran surgir. Después de todo, no tenemos queja contra la Compañía. La travesía del espacio, al menos hasta el momento, ha sido tan feliz como un vuelo normal entre Londres y Nueva York. ¿De qué protestamos?

-El comandante nos anuncia un peligro inminente en el próximo alunizaje -chilló Dabney.

-No he dicho que fuera inminente, sino probable. Tenemos razones para temer que nuestra base de aprovisionamiento haya sido destruida por los destacamentos militares de las bases que rusos y americanos tienen en la Luna. Estas son consecuencias de la guerra que empezamos a tocar apenas nos aproximamos a la Tierra.

-Si al menos supiéramos que vamos a encontrar esa base ocupada por los americanos, sería un alivio -dijo el señor McKee.

Gustav contestó:

-Para nosotros será igualmente malo si los americanos o los rusos están allí. En uno u otro caso habrán requisado nuestros planeadores para fines militares, y todo lo que nos cabe esperar es un período de cautividad no demasiado largo hasta que terminen las hostilidades y nos permitan llegar a

la Tierra.

Los pasajeros se miraron entre sí consternados.

-Seguramente hace semanas y aun meses que está enterado de lo que ocurre en su base de la Luna -dijo Dabney tenebrosamente-. ¿Por qué nos lo ocultó?

-Todavía ahora ignoro lo que pueda haber ocurrido allá. Además, comunicándoles nuestra inquietud, no habríamos hecho sino procurarles un estado de ansiedad mucho más largo e igualmente inútil. Ahora les ruego vayan a buscar sus trajes de presión completa. Dentro de poco alunizaremos en nuestra base y entonces saldremos de dudas de una vez.

Gustav regresó a la cámara de derrota, donde los copilotos y las dos azafatas se estaban embutiendo en sus trajes de presión completa.

Gustav sacó un manojo de pequeñas llaves del bolsillo y se lo entregó a Teubner.

-Abre la cámara acorazada y saca las armas y las municiones que hay allí. Que vaya Mary contigo y traed todo el arsenal aquí. Más tarde estaremos demasiado ocupados para hacerlo.

Berthold Krogh permanecía atento en su sillón ante los mandos, vigilando los manómetros e indicadores de un caótico montón de relojes y esferas luminosas que sólo un experto era capaz de entender.

-Mi traje, Lotte -ordenó Gustav a la muchacha.

La azafata le ayudó a embutirse en el pesado traje de presión completo, dentro del cual Gustav empezó inmediatamente a sudar. Luego, el propio Gustav se hizo cargo de los mandos mientras Krogh se ponía su traje de presión con la ayuda de la señorita Dalhberg. Gustav accionó un conmutador. El sistema refrigerador empezó a funcionar haciendo descender rápidamente la temperatura de la cabina, con lo cual todos se sintieron más a gusto.

Taubner y la señorita Clocher regresaron enormemente cargados con media docena de metralletas, pistolas y cierta cantidad de granadas de mano y estuches repletos de cartuchos.

Desde la cabina, la señorita Dalhberg y el copiloto Steinmetez les ayudaron a pasar el armamento por la escotilla, delatando por la forma de mirar la sorpresa que les causaba ver tal cantidad de armas. Fue Teubner, quien trepando finalmente por la escalerilla de acero dijo soltando un resoplido:

-¡Caramba, no tenía la menor idea de que lleváramos este arsenal a bordo!

En efecto, nadie lo sabía excepto Krogh y el propio Gustav. Entre los dos habían llevado aquel armamento a bordo durante la noche anterior a su salida de Marte. ¿Razón? Gustav temía una rebelión de sus pasajeros en el caso, por él temido, de que llegaran noticias tan desalentadoras de la Tierra

que impulsase al pasaje a regresar a Marte huyendo de la destrucción completa del globo terráqueo.

Sin embargo, eludiendo dar ninguna clase de explicación a la tripulación, Gustav ordenó secamente:

-Mary, y usted también Lotte. Vayan a ayudar a las señoras a ponerse sus trajes de presión. Jerry y Friederich, a vuestros puestos.

Las muchachas abandonaron la cabina, la cual quedó silenciosa luego que Krogh, y los copilotos Teubner y Steinmetez, fueron a ocupar sus respectivos puestos.

Ahora, por medio de la cámara de televisión apuntada hacia abajo, Gustav podía ver la superficie lunar extendiéndose ante sus ojos como un mapa en relieve. La accidentada configuración del satélite le era mejor conocida que muchas regiones de la propia Tierra. No tardó en localizar la zona donde estaba enclavada la base Hohestaufen, todavía demasiado lejos para distinguirse a simple vista.

Gustav maniobró para llevar la aeronave hacia el cráter de 30 kilómetros de diámetro en cuyo fondo estaba su pista de aterrizaje; un lecho de lava cuarteada ligeramente ondulado que parecía engañosamente liso desde arriba.

El descenso era en realidad muy rápido. Un altímetro radar enviaba ecos que rebotaban en la superficie lunar, midiendo luego el tiempo invertido por el eco en ir y volver para traducirlo en cifras que indicaban la altitud exacta en metros.

El cráter, que parecía pequeño desde arriba, iba ensanchándose a medida que la aeronave descendía sobre él. Allí abajo, los cosmonautas empezaron a distinguir ciertos perfiles que les eran familiares; la alta torre metálica de la estación de radio, la antena parabólica orientable que emitía hacia Marte, los cuatro mojones amarillos que señalaban la pista y la construcción metálica con su cúpula de aluminio, el Hotel Planetario lunar de la Compañía Hohestaufen.

Berthold Krogh apuntó con su mano enguantada a cierto punto de la gran pantalla de televisión.

-Mira eso, Gustav. La «K-4» se encuentra ahí. Y los planeadores también.

La voz de Krogh era jubilosa, pues la presencia de los planeadores en la base venía a garantizar su pronto regreso a la Tierra... si no surgía otra clase de dificultades.

Gustav no estaba tranquilo. En realidad, los planeadores no deberían encontrarse allí. Si la «K-4» regresó a medio camino de Marte, entonces los planeadores deberían haber sido utilizados para devolver al pasaje a la Tierra. Y era dudoso que en plena guerra la Compañía hubiese despachado de nuevo los planeadores a la Luna de vacío, a menos que lo hiciese para

recoger a los pasajeros y tripulantes de la «K-3».

-¿Por qué esos imbéciles de la Base Tierra no contestarán a nuestras llamadas? -rugió Gustav Bettelheim-. Al menos podían haber sido más explícitos la única vez que conseguimos comunicar con ellos.

Dijo Berthold Krogh:

-Según como se interprete el mensaje de Hohestaufen, éste pudo haber sido todo lo explícito que cabía serlo en estas circunstancias... «SIN NOTICIAS DE LA LUNA»; es decir, sin noticias de la base, de la «K-4» ni los planeadores.

-En ese caso, el golpe de mano que nos arrebató la base debió producirse antes que la «K-4» alunizase... y antes también que el pasaje pudiera tomar los planeadores para regresar a la Tierra -dijo Gustav. Alzó la mano hacia un conmutador y habló ante el micrófono que quedaba a la altura de su cabeza-. Atención, el comandante habla a la tripulación y pasaje. Ocupen sus asientos, asegúrense los cinturones y colóquense las escafandras. Vamos a alunizar.

Volvió el conmutador a su posición anterior, abrochó su cinturón de seguridad y tomó la escafandra que estaba en el piso junto a su asiento. Krogh, y los copilotos Steinmetez y Teubner le imitaron en estas precauciones.

En la pantalla, el suelo de la Luna parecía subir vertiginosamente al encuentro del observador…

Gustav pulsó un botón. Se dejó sentir el brusco tirón hacia arriba de los motores que allá afuera arrojaban largos penachos de llamas y de gases hacia el suelo. El altímetro radar tintineaba y el copiloto Teubner cantaba en voz alta las distancias:

-Quinientos metros... cuatrocientos cincuenta... trescientos...

La aeronave moderaba su velocidad de caída. Las cifras se retardaban. En la pantalla se borraban las imágenes ocultas por el polvo.

-Doscientos cincuenta metros... doscientos veinticinco... doscientos...

La nave casi parecía inmóvil en el espacio al llegar al final de la cuenta que Teubner llevaba al revés:

-Ochenta metros... setenta... sesenta... cincuenta... cuarenta...

Hubo un choque bastante fuerte de los espigones amortiguadores al entrar en contacto con el piso de lava del satélite.

Gustav hizo saltar el pasador de su cinturón, salió de su sillón y se inclinó para tomar un cinturón del que colgaba una pistola de gran calibre. Colgó luego en bandolera un estuche de cuero repleto de cargadores a cada costado, enganchо al cinto un par de granadas de mano y tomó una de las metralletas.

Berthold Krogh, mientras tanto, paraba los motores y repasaba los conmutadores cerrando la mayoría de ellos.

Gustav se acercó a la pantalla de televisión y apretó un botón.

En la pantalla apareció una vista, panorámica desde 50 metros de altura abarcando en un ángulo de 90 grados toda la perspectiva que alcanzaría un observador desde una ventana abierta en un lado de la cabina.

El objetivo de la cámara televisora estaba en efecto emplazado en uno de los costados de la gran esfera de 10 metros de diámetro que coronaba aquel enorme armatoste de siete esferas metálicas montadas en un sólido armazón de acero, seis en dos tandas de a tres, y la última correspondiente a la cámara de derrota, en la cúspide del conjunto, tan alto como una casa de 20 pisos.

Desde la cabina, a 50 metros de altura, a través de la pantalla, los cosmonautas pudieron ver el Hotel Planetario a 200 metros de distancia. Cerca del Hotel se alineaban seis planeadores del tipo de los que muchos años fueron utilizados para llevar el primer hombre a la Luna, un poco mayores quizás.

Al menos desde aquella distancia no se apreciaba movimiento alguno en el Hotel ni en sus alrededores.

Gustav pulsó otro botón. La imagen anterior fue borrada, siendo sustituida en la pantalla por una nueva perspectiva sobre el campo de lava y la Estación de Aprovisionamiento al fondo, con sus grandes depósitos de combustible en forma de gigantescas esferas que reflejaban al sol con brillos de aluminio.

Cerca de la Estación de Aprovisionamiento estaba la aeronave «K-4», idéntica a la «K-3», con su serie de siete esferas metálicas montadas al armazón de acero que a su vez descansaba sobre tres enormes y robustos espigones.

Tampoco en los alrededores de la «K-4» se veía ser viviente alguno.

Dos veces más se inclinó Gustav sobre la pantalla apretando distintos botones. Las dos veces el aparato le mostró una distinta perspectiva sobre la desierta monotonía del desierto de lava extendiéndose kilómetros y kilómetros hasta las lejanas paredes del cráter que les rodeaban por todas partes.

-Bueno, parece que no hay nadie -dijo Berthold Krogh.

-Eso es lo que parece -murmuró Gustav. Se apartó del televisor haciendo una seña a Teubner-. Mis botellas de oxígeno. Vamos a desembarcar. Tú te quedarás a bordo, Bert. Iremos Fried, Jerry y yo solos. Estaremos constantemente en contacto por radio.

Poco después, los tres cosmonautas se descolgaban por la escotilla de la cabina pasando a la cámara inferior, un reducido espacio cuadrado sobre el que se abrían las puertas de los camarotes de la tripulación. Por una segunda escotilla pasaron a una especie de cilindro de apenas algo más de un metro de anchura.

Junto a la entrada de la cámara había un pequeño cuadro de botones. Gustav oprimió uno de los botones e inmediatamente el piso empezó a descender. Estaban en un ascensor.

El ascensor se deslizaba por el interior de un grueso tubo que iba verticalmente desde la base de la aeronave a la esfera última superior. A la altura de los dos pisos de esferas, otros tubos partían del tubo central y en forma de túneles o corredores comunicaban con cada una de las otras esferas.

Al final del largo tubo, los tres cosmonautas pasaron a una cámara o esclusa de aire cerrando una puerta tras sí. Allí, los tres conectaron sus tráqueas de caucho a las botellas de oxígeno que llevaban sobre las espaldas.

Mientras las bombas extraían el aire de la cámara y parpadeaba la pequeña luz roja indicando el peligro de abrir en aquel instante, Gustav sacó un cargador repleto de cartuchos y lo ajustó a la escotadura de la recámara del arma. Después tiró el muelle recuperador introduciendo en la recámara un cartucho que quedó listo para ser disparado.

Fried y Jerry hicieron lo mismo con sus respectivas armas. Para cuando terminaban con estos preparativos, la luz destellante roja se apagó y en su lugar brilló una luz verde fija. Gustav abrió una segunda puerta por la que salieron a una especie de balconcillo a cielo abierto.

Estaban en la base del gigantesco cohete, todavía a ocho metros de altura sobre el suelo firme de la Luna. Fried tiró de una palanca y una escalerilla metálica empezó a bajar por un lado de la plataforma hasta tocar en el suelo.

Después de mirar recelosamente a su alrededor desde la plataforma, Gustav Bettelheim habló por la radio que le comunicaba a la vez con sus compañeros y con Berthold Krogh.

-Está bien, vamos allá.

Bajó el primero por la escalerilla y al tocar sus pies en el suelo experimentó aquella emoción que siempre sentía cuando después de un largo viaje de tres meses, encerrado entre angostas paredes de acero, volvía a pisar la firme corteza de un mundo y podía tender la mirada en rededor sin limitación de espacio.

CAPÍTULO III

Al acercarse al Hotel Planetario, los pies de Gustav resbalaron sobre un objeto cilíndrico de pequeño tamaño. Gustav se inclinó hacia el suelo.

Desde la aeronave, Berthold debía estar siguiendo sus movimientos. La voz del piloto sonó en los auriculares de Gustav:

-¿Qué ocurre, Gustav?

-Un casquillo -dijo Gustav examinando el objeto de brillante latón en la palma de su mano enguantada. Miró al suelo-. Hay muchos más esparcidos por aquí. Parece como si alguien hubiese estado haciendo funcionar una ametralladora.

-Ve con cuidado, Gustav. Hay demasiada quietud. Alguien puede habernos tendido una emboscada, esperando que saliéramos de la aeronave para saltar sobre nosotros.

-En último caso, si vieras la situación comprometida, pon en marcha los motores y elévate -repuso Gustav.

-¡Magnífico! ¿Y dónde podría ir? No nos queda combustible para regresar a Marte.

-Pero tenéis suficiente para elevaros unos miles de metros y alunizar a varios cientos de kilómetros de distancia de aquí, donde nadie pueda encontraros.

-¿Y luego esperar durante semanas y tal vez meses a que alguien viniera a salvamos? Bueno, no seamos pesimistas. Después de todo, es posible que los que asaltaron la base volvieran a su destacamento después de destruir la emisora de radio y tomar prisioneros a nuestros muchachos.

Gustav sabía que Bert no estaba diciendo lo que pensaba, o dicho en otras palabras, no creía lo que decía. Los planeadores y la aeronave «K-4» constituirían en caso de asalto a la base el objetivo principal de los agresores, y sin embargo las máquinas estaban allí. No era posible que los asaltantes se marcharan abandonando tan precioso material, sin llevarse los planeadores consigo ni destruirlos.

Marchando muy separados unos de otros, con las metralletas listas para disparar a la primera alarma, los tres cosmonautas alemanes siguieron avanzando hasta detenerse ante el Hotel.

La puerta de la esclusa de aire estaba abierta de par en par, la luz brillaba dentro, y a través la cámara podía verse la puerta interior también abierta.

En consecuencia, el aire debía haber escapado del edificio, reinando en su interior el mismo vacío frío del espacio sideral.

Gustav hizo una seña a Fried. Este corrió hacia uno de los redondos ventanos protegidos por grueso cristal, pegó a él el cristal de su propia escafandra y miró dentro.

-¡Comandante, hay dos hombres muertos ahí en el piso del vestíbulo! -anunció la voz excitada de Fried.

-¿No se ve a nadie más?

El copiloto tardó un minuto en contestar:

-No, no se ve a nadie. Todo parece en orden... excepto esos dos cadáveres tendidos delante del bar.

-Está bien, vamos a entrar.

Gustav echó a andar salvando la corta distancia que le separaba de la puerta. Entró en la esclusa. Esta era bastante espaciosa y podía permitir la entrada o salida de un grupo como de veinte personas de una sola vez. Gustav se detuvo allí, esperando a Fried y a Jerry.

-De todos modos no me fío -les dijo a sus hombres-. Yo entraré primero.

Empujó primero la pesada puerta de acero, que no estaba completamente abierta. Luego aspiró una bocanada de oxígeno, saltó adelante y pasó por la puerta como una bala de cañón arrojándose al suelo.

Debido a la débil fuerza de gravedad que actuaba sobre él, Gustav fue a caer en el centro del vestíbulo y se deslizó por el piso resbalando hasta estrellarse contra el mostrador del bar junto a los cuerpos de los dos hombres muertos.

Pero esto no fue todo.

En el mismo instante que Gustav trazaba un arco en el aire y daba contra el suelo, la escafandra y los hombros de un hombre que estaba escondido surgieron por detrás del mostrador.

El hombre empuñaba una metralleta, con la cual disparó rápidamente contra Gustav.

Todas las balas de la metralleta dieron detrás de Gustav, siguiéndole en su trayectoria mientras patinaba por el liso piso del vestíbulo, aunque sin alcanzarle.

No hubo ruido alguno, debido a que los sonidos no se trasmitían en aquella falta absoluta de aire. La escafandra de Gustav golpeó con fuerza contra la madera del mostrador, sintiendo el piloto la trepidación del choque.

-¡Cuidado! -gritó.

Gustav estaba demasiado pegado al mostrador, de modo que su enemigo tenía que sacar mucho el cuerpo y bajar el cañón de su arma para alcanzarle.

-¡Toma, traidor! -oyó gritar a Fried.

Gustav volvió la cabeza a tiempo de ver a Fried que saltaba dentro del vestíbulo y disparaba su metralleta.

Largos lengüetazos de llamas anaranjadas brotaron del cañón de la metralleta alemana mientras Fried barría de derecha a izquierda disparando

contra el hombre que estaba de pie tras el mostrador. Parte de la rociada de balas se incrustó en la madera del mostrador por encima de Gustav, el cual se apresuró a salir huyendo a gatas. Otras de las balas hicieron saltar en pedazos la línea de botellas de la anaquelería del bar, y otras por último debieron acertar al hombre.

En este momento, Gustav alcanzó a ver dos hombres que salían por la puerta del comedor empuñando sendas pistolas ametralladoras.

Antes que los desconocidos pudieran disparar contra Fried, Gustav hizo fuego con su ametralladora desde el suelo. Uno de los hombres soltó su pistola para llevarse ambas manos al cristal destrozado de su escafandra. El otro giró sobre sí mismo, chocó contra el marco de la puerta y rodó por el piso.

Gustav saltó en pie al mismo tiempo que el enemigo que había intentado matarle desde el mostrador caía arrastrando lo que quedaba de la anaquelería.

Fried y Jerry se precipitaron dentro del vestíbulo empuñando sus metralletas. Gustav corrió hacia la puerta del comedor donde los dos hombres habían caído bajo sus disparos. Fried se dirigió hacia el corredor que llevaba a las habitaciones. Jerry cruzó el vestíbulo hacia la puerta del otro lado, la cual comunicaba por un tubo con el pabellón reservado al personal, donde estaba la emisora de radio.

Mientras cruzaba el vestíbulo Jerry, una ráfaga de ametralladora salió por la puerta del comedor y le derribó en el suelo dando vueltas. Jerry desapareció detrás de un diván.

Gustav alcanzó la puerta del comedor. Furioso como estaba después de haber visto caer a Jerry, sin importarle el riesgo que corría, se plantó de un salto en medio de la puerta y apretó el gatillo de su metralleta barriendo el comedor desde la altura de la cadera.

Un hombre soltó su metralleta, retrocedió dando traspiés y chocó contra una mesa, la cual volcó rodando entre las sillas y un mantel que le cubrió en parte a modo de sudario.

Otro individuo retrocedió de un salto desapareciendo por la puerta de la cocina.

La rociada de balas de Gustav acribilló la puerta, pero ésta era bastante gruesa y los proyectiles seguramente no alcanzaron al hombre que estaba tras ella. La ametralladora se paró al agotar su munición. Gustav echó a correr atravesando el comedor hacia la puerta de la cocina.

-¡Comandante, Jerry está herido en la pierna! -era la voz de Fried Steinmetez la que sonaba por la radio.

-¡Ponle un torniquete y sácale fuera! -gritó Gustav sin detenerse-. Este Hotel es un avispero de esos malditos tipos. Los hay en todas partes.

Ya estaba junto a la puerta. Gustav arrancó una granada de mano de las

que llevaba en el cinturón. Abrió la puerta de un puntapié, arrojó la bomba y se apartó de un salto. Sacó un cargador.

Una rociada de balas salió por la puerta abierta e hizo añicos uno de los tubos fluorescentes que iluminaban el comedor.

Simultáneamente, una voz habló en los auriculares de Gustav en el inglés nasal característico de los norteamericanos:

-¡Una bomba, John! ¡Quítala de ahí!

Otra voz agitada contestó:

-¿Cómo diablos quieres...?

Una llamarada brotó por la puerta de la cocina. La metralla melló el marco metálico de la puerta.

-Dios mío... -murmuró queda, religiosamente, la voz del norteamericano.

-¡John! ¡John! -llamó otra voz angustiada.

Gustav luchaba por meter el nuevo cargador que se negaba a entrar en su debido sitio. Escuchó en sus auriculares un golpe metálico, tal vez el de la escafandra del hombre herido que caía al suelo. Luego una voz crispada por el miedo:

-¡Vete, Rushton! ¡Huye! Cometimos... una locura.

Se dejó oír una especie de sollozo.

El cargador ya estaba encajado en su sitio. Gustav tiró del muelle recuperador y saltó dentro de la cocina.

Aparte la esclusa grande o puerta principal, la única dependencia del Hotel que contaba con entrada y salida propia era la cocina. Se trataba de una cámara de aire pequeña, de la que se servía el personal empleado en la base exclusivamente.

En el momento de irrumpir Gustav en la cocina, un hombre equipado con escafandra y traje de presión salía corriendo por la cámara de aire, en la que no había aire en este momento.

Gustav disparó. Las balas rebotaron contra el mamparo de acero y mellaron los ángulos de metal, pero no alcanzaron al fugitivo que acababa de desaparecer de un salto.

Había un hombre tendido en el piso en mitad de un horrible charco de sangre coagulada. Gustav saltó sobre el cadáver precipitándose en dirección a la cámara de aire. Cuando llegó a ésta todavía pudo ver al fugitivo que corría como alma que lleva el diablo a través del campo de lava en dirección a los grandes depósitos de combustible para cohetes del otro lado de la base.

El fugitivo cojeaba.

-¡Deténgase! -gritó Gustav saliendo por la cámara, echando a correr en persecución del fugitivo-. ¡Alto o disparo!

El hombre siguió corriendo y cojeando. Gustav, dando zancadas de seis

a ocho metros, le estaba dando alcance. De nuevo gritó, esta vez en inglés:

-¡Alto, deténgase o disparo!

El hombre dejó de correr, se detuvo y levantó los brazos.

-¡No dispare! -se le oyó gemir-. ¡No dispare... me entrego!

Gustav dejó de correr y siguió acercándose al paso. Observó que el hombre llevaba una pistola en la funda del cinturón.

-Desabróchese el cinturón, deje caer la pistola y levante otra vez los brazos -le ordenó.

Mientras el hombre obedecía, se escuchó la voz de Bert Krogh por la radio:

-¿Quieres que bajemos los demás, Gustav? ¿Necesitas ayuda?

-No. Que nadie se mueva hasta que yo haya registrado el Hotel y comprobado que no hay peligro. ¡Fried! ¿Dónde estáis? ¡Jerry!

-Estamos aquí, comandante -contestó la voz de Fried por los auriculares-. Ayudo a Jerry a salir del Hotel. La bala le atravesó la pantorrilla. Le puse un torniquete para que no desangrara ni escape el aire de su traje.

-Llévale hacia la nave.

El prisionero había dejado caer el cinturón con la pistola y levantaba de nuevo los brazos. Gustav le ordenó avanzar diez pasos. Avanzó a su vez, recogió la pistola del suelo y dijo encañonando al hombre con su metralleta.

-Ya puede volverse.

El hombre se volvió.

Tras el cristal de la escafandra, Gustav vio un rostro joven, macilento y barbudo, con barba de varias semanas y sucio con suciedad de otras tantas semanas. Un par de ojos oscuros y febriles se clavaron en Gustav con ansiedad.

-¿No irá a matarme, verdad? -gimió la voz del prisionero.

Gustav advirtió sobre el frente metálico de la escafandra del prisionero una inscripción en letras negras: «COL. GIBSON».

-¿Es usted el coronel Gibson?

-No... no, señor. Soy Jaime Rushton, soldado raso.

-Norteamericano, naturalmente.

-Sí, señor.

Gustav advirtió que el hombre estaba temblando.

-Si no es usted el coronel Gibson, ¿por qué lleva su escafandra?

-El coronel Gibson cayó durante el asalto a la base de cohetes de los rusos. Mi escafandra había sufrido desperfectos y me apropié la del coronel.

-¿De modo que atacaron la base de los rusos? Me contará eso con más detalle más tarde. Dígame ahora cuántos hombres quedan en el Hotel.

-Si queda alguno debe ser el sargento especialista Daveson. Estaba en la cabina del telégrafo espiando su conversación por la radio.

-¿Cuantos eran ustedes en total?

-Éramos nueve los que quedamos con vida después del combate con los rusos, pero al asaltar esta base nos mataron a dos de nuestros compañeros. Quedamos siete -dijo el soldado Rushton con insegura voz.

Gustav hizo una rápida cuenta mental: «Uno tras el mostrador... dos en la puerta del comedor... otro en el comedor y uno en la cocina.»

-En ese caso, el sargento especialista Daveson debe continuar en la cabina de la radio -dijo Gustav-. ¿Cree que nos estará escuchando por la radio? ¡Sargento! ¿Me escucha usted?

Nadie contestó a la voz de Gustav. Este continuó:

-Tiene cinco minutos para salir con las manos en alto y desarmado. De lo contrario, yo mismo iré a buscarle. ¿Me escucha?

-Sí, le escucho -gruñó una voz por los auriculares de Gustav Bettelheim-. Voy a salir. Pero con una condición. Tiene que darme su palabra de que no nos matarán.

-Puede estar tranquilo, no les vamos a matar. Les llevaremos con nosotros a la Tierra y serán entregados a la jurisdicción de nuestros tribunales militares.

-Está bien, saldré -contestó Daveson.

Jerry Teubner y Fried Steinmetez aparecieron doblando la esquina del Hotel. Jerry cojeaba apoyándose en el hombro de su compañero. Gustav llamó a Bert Krogh:

-Bert, ahora sí deberías salir para hacerte cargo de los prisioneros mientras Fried y yo exploramos por ahí. Temo que estas bestias hayan matado a todos nuestros compañeros de la base.

-Sí, ya voy.

Gustav se volvió de nuevo hacia el soldado Rushton.

-¿Qué hicieron con el personal de esta base? -preguntó sobrecogido de temor por la respuesta que pudiera recibir-. ¿Los asesinaron a todos?

-Tuvimos que forzar la entrada colocando una carga de T.N.T. en una de las ventanas -confesó Rushton con un hilo de voz-. La explosión arrancó el ventano y abrió un boquete por donde escapó el aire. Todos los que estaban dentro del edificio murieron... No debieron sufrir mucho. Murieron en menos de un minuto por descompresión rápida.

Las mandíbulas de Gustav Bettelheim encajaron con escalofriante chasquido. El cañón de su metralleta apuntó al pecho del prisionero y su índice enguantado se curvó sobre el gatillo.

-¡Asesinos! -rugió.

Rushton lanzó un grito de terror y se dejó caer de rodillas juntando sus manos en actitud implorante.

-¡No me mate! No fue mía la idea de colocar aquella carga en la ventana. Además, nosotros creíamos que el refugio estaría mejor acondicionado... con puertas estancas en cada habitación... de modo que sólo morirían los que estuvieran fuera de sus habitaciones, mientras los demás quedaban prisioneros en sus camarotes...

-¡Cobardes! -bramó Gustav fuera de sí, conteniendo apenas sus deseos de apretar el gatillo y acribillar a Rushton a balazos-. ¿Pero es que se han vuelto locos? ¿Por qué tenían que matar a todos? ¿Por qué?

-Nosotros no queríamos matar a todos... se lo aseguro. Por el contrario, esperábamos apresar vivos a los pilotos y el resto de la tripulación. Necesitábamos de ellos para que nos llevaran en su aparato hasta Marte. ¿Cree que habríamos colocado aquella carga y matado a todos, de haber sabido que los pilotos iban a morir también?

-Su crimen es incalificable, no tiene nombre -dijo Gustav entre dientes jadeando a causa de su emoción-. No es posible que tales prácticas de piratería y el asesinato en masa tenga por origen una orden de carácter militar. ¿Quién les mandó hacer eso? ¿Su Estado Mayor tal vez?

-No, no -confesó Rushton acobardado moviendo su escafandra al compás de sus enérgicos movimientos de cabeza-. Luego que el coronel y los demás oficiales cayeron en el asalto a la base soviética, los que quedamos con vida decidimos obrar por nuestra cuenta en adelante...

-¿Así pues, se declararon desertores?

-¿Quién piensa ya en la guerra ni en obedecer órdenes? -gimió el soldado dejándose caer sentado abatido sobre sus talones-. Las pocas emisoras de radio que quedan en pie repiten la misma cantinela una y otra vez... La atmósfera de la Tierra ha quedado contaminada de mortal radiactividad... toda la humanidad perecerá irremisiblemente en el plazo de unos pocos meses…

Gustav escuchaba ahora con estupefacción. En su ánimo se afirmaba la sospecha de que aquel hombre estaba loco.

Rushton se puso en pie y siguió hablando excitadamente:

-¿Se da usted cuenta? ¡Toda la Humanidad va a perecer envenenada de radiactividad! Sólo los que estén lejos de la Tierra podrán salvarse ¡y nosotros estábamos aquí, en la Luna! Pero nadie puede sobrevivir durante meses y años aquí en la Luna sin recibir suministros de la Tierra. Por eso planeamos apoderamos de una de estas naves alemanas y huir a Marte, donde aseguran que la vida es posible para un pequeño grupo en ciertas condiciones...

La luz se hizo de pronto en la atribulada mente de Gustav Bettelheim. Aquel hombre no estaba loco. El miedo le hacía enloquecer, pero en el fondo de esta locura brillaban la luz inteligente de un sentido de conservación agudizado por ciertas dramáticas circunstancias.

Gustav comprendió entonces por qué los planeadores seguían en la base, por qué la aeronave «K-4» estaba allí intacta e inmóvil.

Los desertores del Ejército Norteamericano jamás habían pensado utilizar aquellos planeadores para regresar a la Tierra. No era a la Tierra donde querían volar, sino al remoto Marte donde esperaban encontrar los medios indispensables para sobrevivir.

Pero los desertores, en su imprevisión y estupidez, habían asesinado a la tripulación de la aeronave «K-4» al mismo tiempo que al personal de la base Hohestaufen y los viajeros recién llegados de su interrumpido viaje a Marte.

Fue probablemente cuando supieron que la aeronave «K-3» estaba en ruta hacia la base de la Luna cuando proyectaron capturar a la nueva tripulación. Pero sus planes se vieron malogrados por las precauciones adoptadas por el propio Gustav al desembarcar. Gustav lo vio todo claro, con una claridad espeluznante y aterradora.

La voz de Berthold Krogh resonó dentro de la escafandra de Gustav a través de los auriculares:

-Ahí sale el americano. ¡Cuidado, Gus, está armado!

Gustav se volvió hacia el ángulo de la fachada principal del Hotel, y en esto consistió su error. El sargento Daveson no salió por la puerta principal, sino a través de la pequeña esclusa por donde Gustav había salido en persecución del fugitivo Rushton.

Buscando al americano con la vista, Gustav volvió la espalda a Rushton.

Rushton, el hombre que momentos antes imploraba por su vida de rodillas ante Bettelheim, saltó traicioneramente sobre las espaldas de éste.

El impulso fue tan fuerte que hizo caer a Gustav de bruces.

Gustav, en el último segundo, volvió la cabeza a un lado de modo que fue con el metal de su escafandra, y no el cristal lo que pegó con fuerza contra el duro piso de lava petrificada. La banda de cuero interior amortiguó el choque de su cabeza contra el metal de la escafandra, pero Gustav perdió la metralleta.

Con Rushton montado sobre sus espaldas y tirando de uno de sus brazos hacia atrás, Gustav vio al sargento Daveson que venía corriendo a saltos de diez metros de longitud con una metralleta en la mano.

-¡Voy en tu ayuda, Gus! -gritó Bert.

-¡Traidor! -rugió Gustav pugnando por libertar su brazo.

Pero no pudo. Rushton, tal vez porque sabía que en ello le iba la vida, le tenía bien sujeto aquel brazo.

Gustav alargó la mano, cogió su metralleta y la abarcó con una sola mano metiendo el dedo por el guardamonte.

Disparó sin levantar la metralleta. Fue más bien un tiro de suerte. Fried,

que se había alejado ayudando al herido Jerry, soltó una maldición al mismo tiempo que el sargento Daveson caía dando grotescas vueltas por el suelo.

La fulminante caída de su compañero paralizó de terror los músculos del soldado Rushton.

Con su mano izquierda, sujeta a la espalda por Rushton, Gustav atrapó la muñeca del norteamericano y tiró de él.

Rushton salió rodando por el suelo lanzando una ahogada exclamación. Gustav se puso en pie de un salto, teniendo cogida la subametralladora. El soldado Rushton se incorporó sobre una rodilla.

-¡No, por piedad! -chilló como una rata con ojos desorbitados de terror.

Fría, deliberadamente, Gustav asió la metralleta por el cañón, la enarboló como una maza y descargó un golpe terrible contra el frente de cristal de la escafandra del norteamericano.

El cristal saltó hecho añicos al mismo tiempo que el cobarde Rushton dejaba escapar un grito gutural.

La faz de Rushton se trasfiguró monstruosamente en un instante. Sus ojos saltaron de sus órbitas, sus labios, sus mejillas y sus cejas se hincharon como esponjas señalándose cada poro con una punteada de sangre. Dos chorros de sangre brotaron por su nariz con la fuerza de sendas mangueras...

Fue la muerte más horrible que Bettelheim jamás presenció.

En estricta justicia, Rushton recibió la misma muerte que él, en colaboración con sus compañeros desertores, había dado a treinta personas inocentes.

CAPÍTULO IV

Una hora tardaron Gustav Bettelheim y el capitán Krogh en regresar de su visita de inspección al Hotel Planetario y las instalaciones adjuntas. Cuando después de pasar por la cámara de aire entraban en el ascensor, «fraulein» Dalhberg anunció por la radio:

-Comandante, los pasajeros desean hablar con usted. Se hallan reunidos en la cámara grande.

-De acuerdo. Pensaba hablar con ellos de todas formas -repuso Gustav.

El ascensor se detuvo allí donde los tres túneles metálicos desembocaban en el tubo vertical y poco después Gustav y Krogh entraban en la cámara donde se hallaba reunido el pasaje.

Unos sentados, de pie los otros, los pasajeros observaron al comandante mientras éste se arrancaba la escafandra y la ponía en manos de la señorita Clocher exhalando un suspiro. El millonario Dabney se adelantó un paso, pero se contuvo como intimidado por la dura mirada que le lanzó Gustav.

-Creo que ya están enterados de lo que ocurre -dijo Gustav.

El señor McKee dijo soltando la mano de la estrella cinematográfica, señorita Jensen:

-El sistema telefónico interior estaba conectado a la radio. Todos pudimos escuchar su conversación con el soldado Rushton.

Gustav dijo sombríamente:

-Hemos encontrado los cadáveres del personal de la base y los de la tripulación y pasaje de la aeronave «K-4» amontonados en un par de habitaciones del Hotel. La presencia de tantos muertos debía molestar a los desertores, quienes los escondieron allí. Pero sacaron un par de ellos y los dejaron tendidos en el vestíbulo del Hotel para dar la impresión de que la base estaba abandonada. Quiero pedirles un favor. Puesto que mis hombres y yo vamos a estar muy ocupados reaprovisionando de combustible los planeadores, les pido que cojan un azadón cada uno y se ocupen de enterrar esos muertos.

-¿Van a preparar los planeadores para conducimos a la Tierra, comandante Bettelheim? -era Dabney quien hacía la pregunta.

-No creerá usted que con esos aparatos se pueda ir a ninguna otra parte ¿verdad? -fue la áspera respuesta de Gustav.

Dabney se volvió a mirar a sus silenciosos compañeros de viaje. Luego, clavando sus ojos en el rostro de Gustav, dijo:

-Pero usted parece olvidar algo muy importante, comandante. La Tierra; es decir, la atmósfera terrestre, ha quedado saturada de radiactividad. Ir a la Tierra ahora sería tanto como marchar al encuentro de una muerte cierta.

-Sí, eso al menos creían los soldados que nos atacaron.

-¿Es posible que esos soldados estuvieran equivocados, comandante Bettelheim? ¿Es eso lo que quiere decir? -preguntó el señor Maisel.

-No. Por desgracia los soldados estaban en lo cierto. Acabo de utilizar la emisora de la base para comunicar nuestra arribada a la Base Hohestaufen de Alemania. Al parecer, el envenenamiento radiológico de la atmósfera terrestre es un hecho comprobado.

Dabney estalló colérico:

-¿Y quiere que sabiendo eso regresemos a la Tierra?

Gustav le contempló con ironía, arqueando una ceja.

-Ignoro qué otra cosa pueden hacer.

-¡Maldición! ¿Está usted ciego? Somos los únicos supervivientes de la humanidad condenada irremisiblemente a perecer en la Tierra. Mucha gente daría cuanto posee en el mundo por encontrarse en nuestro lugar... lejos de la confusión que reina en el planeta... en la primera etapa para un viaje de salvación. No hay nada que nos impida llenar nuestros tanques de combustible, levantar el vuelo y regresar a Marte. Allí un grupo reducido de personas pueden sobrevivir por tiempo indefinido... siquiera sea cultivando líquenes y comiendo caracoles marcianos. ¿No se da cuenta?

-Me doy perfecta cuenta, míster Dabney. En efecto, un grupo reducido de personas pueden aspirar a sobrevivir a la catástrofe que amenaza a la Tierra yéndose a vivir a Marte. Usted propone que ese grupo seamos nosotros precisamente, los que estamos aquí... lejos de la Tierra, en la primera etapa de un viaje hacia la salvación.

-¿Por qué no? Si no somos nosotros, otros ocuparán nuestro puesto. ¿Pero acaso somos imbéciles? ¿Les cederemos a otros nuestros pasajes a bordo de esta astronave hacia la única salvación posible?

-Lo siento, Dabney -dijo Gustav-. Esa oportunidad la tuvieron ustedes el día anterior a nuestra salida de Marte, cuando decidieron regresar a la Tierra a toda prisa. Tuvieron la oportunidad, y la rechazaron. Ahora es demasiado tarde.

Gustav iba a retirarse hacia la puerta cuando el violento Dabney avanzó de un salto y le retuvo cogiéndole por un brazo.

-¡Espere! ¿Qué dice? ¿Por qué hemos perdido esa oportunidad, vamos a ver?

Gustav contestó secamente:

-Porque he recibido orden de llevarles a Alemania.

Dabney soltó el brazo de Gustav. Hizo un esfuerzo por mostrarse conciliador y exclamó despectivamente:

-¡Ha recibido una orden, bah! ¿Y quién le obliga a cumplir esa orden? Nadie vendrá a la Luna a exigirle su cumplimiento, ni van a seguirle hasta Marte para castigarle por su inobediencia.

-Un buen soldado no es disciplinado solamente por temor al castigo,

señor Dabney. Tiene usted razón, nadie vendría a buscarme a Marte para exigirme cuentas por mi desobediencia. Sin embargo, mi conciencia no me permitiría vivir tranquilo, pensando que desobedecí una orden de cuyo cumplimiento acaso dependía, algo muy importante.

-¡Algo muy importante, sí! -exclamó Dabney sarcástico-. ¿Quiere saber para qué le ordenan regresar a Alemania, señor Bettelheim? Yo se lo diré. Para dejamos a nosotros en tierra y tomar en nuestro lugar a unas cuantas personas de esas que se consideran a sí mismo importantes; un presidente de república, algún jefe de gobierno y unos cuantos almirantes y generales acompañados de sus niños y sus chachas. ¿Es que ellos por ser políticamente influyentes tienen más derechos que nosotros a salvarse en esta aeronave, comandante Bettelheim?

-No voy a discutir siquiera los derechos de cada uno a salvarse, señor Dabney -repuso Gustav retirándose hacia el túnel-. No es a mí a quien corresponde señalar con el dedo quiénes deben salvarse de la destrucción y quiénes merecen salvarse. No soy más que un comandante de una nave interplanetaria y he recibido orden de mis superiores de regresar.

Gustav se alejó por el angosto túnel seguido de Krogh, pero todavía tras él escuchó la voz de Dabney que gritaba furioso:

-¡Teutón, cabeza de adoquín! Todos son igual de estúpidos. ¡Así revienten todos los de su maldita raza!

Gustav y Krogh alcanzaron el ascensor, donde esperaron a la azafata Clocher. Mientras el ascensor les llevaba hasta la última esfera de la gigantesca nave, Gustav dijo a su compañero y amigo:

-Probablemente recibirás más de una tentadora oferta a rebelarte y tomar el mando de la nave.

-¿Qué es lo que pueden ofrecerme? -contestó Krogh echándose a reír-. ¿Dinero? No creo que los dólares vayan a tener ningún valor en Marte entre los refugiados que vayan a parar allí.

-Cierto. Ni los billetes de Banco, ni siquiera el oro y los diamantes tendrán valor en Marte... para los que alcancen ir allí.

Se vio palidecer a Berthold Krogh.

-¡Gus! ¿Es que dudas que nos escojan a nosotros para pilotar la «K-3» en ese último viaje a Marte? ¡Vamos, estaría bueno que...!

-No, Bert. No creo que nadie sea capaz de dejamos en tierra a nosotros. Al fin y al cabo, no hay en Alemania pilotos con mayor experiencia astronáutica que la nuestra. Sin embargo, es por ahí por donde Dabney atacará. Si le dejas hablar, es capaz de sembrar la duda en tu ánimo y hasta convencerte de que otros pilotos nos sustituirán.

Krogh asintió en silencio. Sin embargo no parecía demasiado tranquilo.

* * *

Después de comer con la tripulación, Gustav se retiró a su camarote para dormir un par de horas, descansando de la tensión de las últimas horas que precedieron al alunizaje.

Dormía profundamente cuando la azafata Clocher fue a despertarle.

-Han pasado las dos horas y un poquito más, comandante. Además, tiene visita. La señorita Dabney espera afuera.

Mary Clocher, que era una guapa chica, no fue capaz de disimular el brillo malicioso de sus oscuras pupilas al anunciar esta visita. Mary Clocher y Fried Steinmetez eran novios secretamente. No estaba permitido en las Líneas Hohestaufen que una pareja de novios ni un matrimonio formasen parte de la misma tripulación, y en buena disciplina Gustav estaba obligado a denunciar este noviazgo, pues lo sabía.

Pero Gustav se hacía el ignorante, ya que de todos modos la pareja no le había dado motivos de disgusto, y en correspondencia se sentía rodeado de la gratitud y el cariño fraternal de la linda azafata.

Mary Clocher, por otra parte, era depositaría de uno de los fracasos amorosos mejor guardados por Gustav.

La cosa había ocurrido durante el viaje de ida a Marte. Era no sólo natural, sino irremediable, que la tripulación y pasajeros confraternizasen en tan largo y arriesgado viaje. Gustav podía vanagloriarse de tener sus mejores amigos entre las personas más ricas de todo el mundo, constituyendo una excepción lo que le había ocurrido en este último viaje con sus pasajeros.

Desde que Gustav conoció al millonario Dabney en Alemania, antes de comenzar el viaje, temió que no lograría nunca ser amigo de este hombre caprichoso, grosero y autoritario. Sin embargo se había esforzado en atraerse el respeto y la admiración de Dabney.

No lo hizo sólo por Dabney, he aquí la realidad. Cornelia Dabney, la hermosa hija del millonario, le gustó a Gustav tan pronto como la conoció. Ella era una chica alta, maravillosamente proporcionada, rubia, los ojos azules, el cutis blanco y transparente. Poseía una cultura infinitamente más extensa que la de su grosero progenitor, y era más inteligente que su padre y su hermano juntos.

Bob Dabney, muchacho apuesto y deportivo, era el puro retrato del hijo de padre rico, mimado y consentido. La arrolladora personalidad de su progenitor, a la sombra de la cual se había criado, había hecho innecesario que el muchacho se creara su propia personalidad.

Únicamente podía decirse en su disculpa que, aparte de su vigor físico y el valor que demostraba dedicándose a la práctica de deportes tan arriesgados como las carreras de automóviles, era un perfecto idiota.

Cornelia, educada en los mejores colegios para señoritas millonarias, era de otra pasta. Al menos, cuando su orgullo se lo permitía, era capaz de

admitir que su padre no tenía razón en determinadas cuestiones. Cornelia sirvió de apaciguadora en las primeras escaramuzas entre su padre y el comandante de la astronave, y así fue como Gustav llegó a formar de ella un concepto que más tarde resultó ser equivocado

Gustav se enamoró de Cornelia Dabney a las dos semanas de haber comenzado el viaje desde la Luna, pues las naves que hacían la ruta de Marte eran demasiado grandes y pesadas para despegar directamente desde la Tierra, siendo obligado el trasbordo a la Luna desde los planeadores a las gigantescas astronaves «de crucero», que era como comúnmente se las llamaba,

Después de otro mes de indecisiones, de buscar el contacto con la señorita Dabney y darse ánimos, en vísperas de su arribada a Marte, Gustav se decidió. Buscó la ocasión propicia, se encontró con la señorita Dabney en uno de los estrechos tubos que comunicaban las tres esferas destinadas al pasaje, y la besó.

Gustav jamás olvidaría el sabor de los labios de la señorita Dabney... ni el regusto amargo de la bofetada que recibió.

Quizás Gustav se sintiera un poco tenoriesco, no lo negaba. Era lo que las mujeres llamaban un buen ejemplar de hombre, alto, fuerte, atlético y rubio como un Apolo. Su uniforme le sentaba maravillosamente, tenía una de las profesiones más interesantes y arriesgadas del mundo, y tenía la experiencia de otros «flirts» afortunados en travesías anteriores.

Cornelia Dabney pisoteó la vanidad masculina de Gustav, y lo hizo sin siquiera emplear palabras. Sólo con el brillo altanero de las pupilas de ella, Gustav supo que nunca había estado ni siquiera en las proximidades de ganar el afecto de la muchacha.

Fue un rotundo fracaso.

Era por esto por lo que las traviesas pupilas de la azafata brillaban de un modo particular al anunciar la visita. Gustav también se sorprendió.

-¿La señorita Dabney? ¿Qué es lo que quiere?

-No me lo ha dicho. Sólo insinuó que deseaba hablar a solas con usted.

Gustav sabía que el copiloto Jerry, herido de una pierna, ocupaba uno de los camarotes contiguos.

-¿Hay alguien arriba en la cámara de derrota? Lleve a miss Dabney allí mientras me visto.

-¿Le preparo la maquinilla de afeitar?

-¿Como? -Gustav se pasó mecánicamente la mano por la mejilla. No se había afeitado en las últimas veinticuatro horas, pero rechazó indignado la insinuación de la azafata-. ¡No! ¿Por qué tendría que afeitarme?

Mary Clocher salió dejando oír una especie de gorjeo que era lo más parecido a una risita burlona que Gustav había escuchado jamás.

Gustav se vistió. No se puso ninguna prenda que no se hubiese puesto

sin la inesperada visita de la señorita Dabney. Ni siquiera se peinó. Salió del camarote y trepó por la escalerilla hasta la cabina que ocupaba la mitad superior de la esfera de acero.

Miss Dabney había tomado asiento en el sillón que Gustav solía ocupar y acariciaba pensativamente con sus largos dedos la doble fila de botones de distintos colores del brazo del sillón.

-No toque ninguno de esos botones -dijo Gustav-. Nunca se sabe lo que puede pasar.

La muchacha saltó en pie sobresaltada. Vestía un ajustado pantalón tipo vaquero, y una blusa blanca de cuello abierto que le sentaba maravillosamente. Esto lo advirtió Gustav de un solo y casual vistazo, pues en aquel momento se sentía preocupado por otros problemas de distinta índole.

-Discúlpeme si vine a interrumpir su descanso -dijo la joven. Ni su voz ni su mirada eran tan firmes como otras veces.

-No tiene importancia -dijo Gustav sentándose en la barandilla que rodeaba la escotilla por la que acababa de subir-. Creo que deseaba hablar conmigo. ¿En qué puedo servirle?

Miss Dabney se detuvo vacilando.

-Usted me perdonará si vuelvo sobre la discusión que antes sostuvo con papá, pero considero que algunos puntos no quedaron suficientemente aclarados.

-No sé lo que quiere decir, la verdad.

-Por ejemplo es muy discutible el derecho que puede asistirle a obligamos a subir a un planeador para ser llevados a la Tierra. Suponga que nosotros, los pasajeros, insistimos en quedamos aquí.

-¿Quiere decir aquí, en la Luna? No les aconsejo que lo hagan. El Hotel Planetario podría ofrecerles refugio por algún tiempo, aunque sólo por un tiempo muy limitado. Al contrario de nuestro Hotel Planetario de Marte, que se suministra de oxígeno tomándolo de la atmósfera, y cuenta con una fuente propia de agua, nuestro Hotel de la Luna tiene que ser abastecido de toda el agua que necesita, y casi también de todo el oxígeno. En realidad, su vida sería mucho más corta si optaran por permanecer en la Luna, que si toman los planeadores y regresan con nosotros a la Tierra. Y no debe ser menos horrible perecer por falta de oxígeno que morir por envenenamiento radiológico. Ese Hotel Planetario llegaría a convertirse en poco tiempo en un horrendo ataúd de acero donde quedarían enterradas sus esperanzas de más larga vida.

La muchacha ahora clavó sus azules pupilas en la cara de Gustav.

-No le comprendo, Bettelheim. Usted me ama o aseguraba amarme. Si esto fuera cierto, no podría hablar con tan fría indiferencia de mi próximo fin por asfixia o envenenamiento radiológico, como si mi muerte no le

preocupara lo más mínimo.

Gustav sintió una oleada de sangre subirle al rostro.

-Supongamos que me propusiera evitarle esa muerte. ¿Qué podría hacer por usted? ¿O se figura que no sería capaz de evitarles tan triste fin a ustedes y a todos los que integran la tripulación y pasaje de esta astronave?

-¡Oh, yo creo más bien que no le preocupa la suerte que pueda correr su tripulación! Ustedes tienen garantizada su salvación, de otro modo no desdeñaría la proposición de mi padre de reaprovisionar de combustible esta nave y emprender el viaje a Marte INMEDIATAMENTE.

Gustav se irguió como si la muchacha le hubiese abofeteado.

-¿Qué ideas cruzan por su torturada cabecita, miss Dabney? ¿Se figura que por tener más probabilidades que ninguno de ustedes me despreocupa su suerte y la de todos los demás?

-Estoy segura -repuso la muchacha fríamente.

Gustav la contempló dolorido.

-Su concepto sobre mi persona nunca ha sido muy bueno -apuntó.

-Mi concepto podría variar y serle absolutamente favorable... si usted variara y se aviniera a ser razonable.

-¿Cómo, miss Dabney? ¿Me propone una venta? ¿Usted... a cambio de llevarles a todos en mi aeronave a Marte?

Ahora le tocó a ella enrojecer hasta la raíz de sus rubios cabellos. Echó el brazo atrás, y por un momento pareció dispuesta a abofetearle. Luego debió pensarlo mejor y dejó caer su brazo cansinamente.

-Comprendo -dijo con voz silbante-. Esta es su venganza por el desaire que le hice rechazando su galanteo.

-No sé que entiende usted por galanteo. Yo la quería sinceramente, pero acaso su orgullo no le permitió verlo. Usted es rica y pensó que iba por su dinero.

-Ahora que le conozco mejor, no dudo que fuera como usted dice.

-Siempre lo pensó, ése fue su error.

-Un error irreparable, por lo que veo. Algo tan amargo para usted que he merecido ser juzgada con la máxima severidad. Usted dijo antes que no estaba en sus atribuciones señalar con el dedo a las personas que habían de salvarse. Yo le pregunto ahora si tiene derecho a señalar a las que deben perderse.

-¡Espere, miss Dabney! -gritó Gustav furioso-. Usted es muy lista, pero no logrará cargar sobre mi conciencia el peso del fin que vaya a tocarle. Ningún sentimiento de mezquina venganza me anima contra usted ni contra nadie. No está en mi mano darle ese pasaporte hacia la salvación, eso es todo.

-No, eso no es cierto -negó la joven entre sus dientes apretados con furia-. Las personas que usted lleve a Marte más tarde ni siquiera serán más

amigas de usted de lo que lo somos los pasajeros que ahora tiene a bordo de su nave. ¿Qué le importa pues, que seamos nosotros o sean otros los que se salven definitivamente? ¿O es que había en su ánimo algún oculto resentimiento, que surge a la superficie en el preciso momento que por azar le es permitido erigirse en juez y verdugo nuestro?

Gustav, irritado y cansado de aquélla discusión que le lastimaba, repuso secamente:

-Le daré una sola razón por la que estoy dispuesto a cumplir las órdenes que he recibido. Espero que las personas que más tarde lleve a Marte sean mejor que todos ustedes. Mejor que la mayoría de los pasajeros que hay a bordo de esta nave, podridos de dinero y carcomidos en el corazón por todos los vicios de su estúpida sociedad. Mejores que su necio e ignorante padre... y también mejores que usted, miss Dabney.

-¡Entonces era eso! -exclamó la muchacha apretando sus puños, los ojos brillantes de lágrimas de desesperación-. ¡Nos odia porque somos ricos, porque poseemos todo aquello que usted no tuvo jamás!

-Afortunadamente -dijo Gustav con ironía- el dinero no seleccionará esta vez a las personas que deban salvarse en Marte. Su sucio oro ha dejado de tener valor. Y si no lo creen... ¡prueben! ¡Prueben a comprar un pasaje en esta aeronave por todos sus millones, sus acciones en petróleo y en minas, sus yates y sus lujosas quintas de recreo!

Gustav Bettelheim se exaltaba a medida que hablaba, sus ojos aumentaban su brillo y se le erizaba el cabello. En su rostro había una luz extraña, tal como debió haberla en las facciones de los grandes santos y profetas que predijeron la destrucción del mundo por sus pecados.

Incapaz de soportar por más tiempo su desesperación y su despecho, Cornelia Dabney sollozó entre sus manos, pasó corriendo por delante de él y desapareció bajando precipitadamente por la escalerilla.

CAPÍTULO V

Con las armas propias y las cogidas a los soldados a buen recaudo bajo llave, en la cámara acorazada, Gustav Bettelheim nada tuvo que temer de sus pasajeros cuando dio la orden de ocupar los planeadores.

Los pasajeros, todos provistos de escafandra y traje de vacío, fueron saliendo por pequeños grupos de la aeronave «K-3» para dirigirse a los planeadores que estaban puestos en línea, listos para despegar. Gustav Bettelheim se quedó el último con la azafata señorita Dalhberg para parar el reactor atómico que suministraba la energía eléctrica de a bordo y apagar todas las luces antes de salir.

Mientras bajaban por el tubo en el ascensor, luego que ya se habían ajustado las respectivas escafandras y conectado los aparatos de radio, Gustav se sorprendió mucho al escuchar por sus auriculares un hipo indicador de que alguien estaba llorando.

Su sorpresa fue aún mayor cuando mirando a la señorita Dalhberg vio que ésta subía y bajaba los hombros al mismo ritmo que sonaba el hipo. Gustav le puso una de sus enguantadas manos en el hombro:

-¿Está usted llorando, Lotte?

-No puedo evitarlo -sollozó la guapa muchacha-. Siento que se me parte el corazón al despedirme de esta aeronave... sobre todo cuando pienso que al dejarla renuncio para siempre a mi salvación.

-¿Por qué dice eso? Usted, juntamente con Mary, son las dos chicas azafatas con más antigüedad y experiencia de la Compañía. No podremos prescindir de ustedes en el próximo viaje a Marte.

El ascensor acababa de llegar al final de su breve recorrido y mientras pasaban a la cámara de aire, Lotte Dalhberg gimió:

-Usted no cree lo que está diciendo, comandante. En el próximo viaje a Marte, que será probablemente el último que realice esta aeronave, nadie reclamará los servicios de una buena azafata. Usted y Krogh y los demás sí estarán a bordo, porque son dos buenos pilotos y no se puede prescindir de los pilotos. Pero yo... ¡oh, yo no estaré con ustedes!

Gustav había cerrado herméticamente la puerta de la cámara y mientras las bombas extraían el aire, en el silencio que siguió, mientras la azafata sollozaba, Gustav sintió que el dolor y la angustia le torturaban el corazón.

Se preguntó si realmente y en conciencia tenía derecho a disponer de aquellas vidas humanas forzándolas a regresar al planeta donde inexorablemente les aguardaba la muerte por envenenamiento radiológico.

Era cierto que había recibido orden de regresar con el pasaje a la Tierra. ¿Pero quién le obligaba a cumplir aquella orden? ¿Quién sería capaz de ir tras él hasta Marte a exigirle responsabilidades? Sí, la aeronave «K-4» estaba allí y probablemente alguien encontraría los medios de llegar a la

Luna para tomar esa nave y buscar salvación en Marte. Pero para entonces, lo hecho sería irreparable. Los pasajeros se habrían salvado, y cualquier castigo que alguien se propusiera imponerle quedaría sin efectos en el remoto Marte. ¿Por qué pues no accedía a las súplicas de aquellas personas y se rebelaba contra la orden de sus jefes, tomando la iniciativa propia y llevando a Marte al grupo?

Luego, Gustav rechazó esta idea. Su rígida concepción del deber le señalaba inexorablemente el camino a seguir. No le concernía a él salvar unas vidas para condenar a otras a la muerte. Era tentador ceder a las súplicas de los pasajeros, mas por una sola razón. Si accedía sabría a quiénes salvaba, mientras siempre ignoraría a quiénes condenó a muerte. En tanto que si procedía al revés, conocería tanto a los que salvaba como a los que dejó abandonados a un fatal y trágico destino.

-Lo siento, Lotte -murmuró Gustav mientras quitaba el pasador de la puerta y abría. Apagó la luz del ascensor y quedaron sumidos en la oscuridad-. Sólo puedo prometerle que, en cuanto esté dentro de mis posibilidades, influiré para que usted venga con nosotros.

-No, yo sé bien que no me tomarán -dijo la chica con acento de profunda amargura-. El señor Hohestaufen ya tendrá comprometido hasta el último rincón de sus dos aeronaves donde sea capaz de meter un gato o un perrito pequinés. Tomará a toda su familia, viejos, niños, parientes y amigos, y procederá con humano egoísmo prescindiendo de todos los demás.

-No, no lo creo. Mirará de salvar a su esposa y sus hijos, eso es natural. Pero en cuanto al resto de las plazas confío en que será más justo distribuyendo los billetes entre personas que realmente aporten algún beneficio a la pequeña colonia que deberá refugiarse en Marte. No se trata de salvar unas cuantas vidas, sino de salvar también nuestra civilización. Ni el dinero, ni las influencias políticas ni la amistad deben guiar el espíritu de quienes hayan de tomar sobre sí la responsabilidad de designar a los que han de salvarse. Doctores, sabios, científicos, ingenieros... gente que sea capaz de impulsar el desarrollo de la futura colonia con su ingenio y sus conocimientos, ésos son los que deben salvarse. Esas confío que serán las personas seleccionadas, y si no fuera de este modo sufriría una tremenda decepción.

-Pero yo no soy ni sabia, ni científica. Por lo tanto, en estricta justicia, según usted, yo debería ser dejada en Tierra también -dijo la azafata suspirando.

Habían abandonado la cámara de aire. Gustav, después de cerrar la puerta tras sí, contempló desde la plataforma la majestuosa perspectiva del paisaje lunar que se divisaba desde aquella altura. La Tierra, como una gigantesca hoz de plata, brillaba en la negra profundidad del esparció

sideral rodeada de fulgurantes estrellas.

-Es terrible todo lo que está ocurriendo, Lotte -murmuró Gustav contemplando la Tierra-. Terrible... y trágicamente irónico. Hemos destruido nuestras vidas en la locura del delirio por mejorar nuestras condiciones de vida. Ahora, al menos, deberíamos tener el valor suficiente para enfrentarnos al final de este sangriento drama que nosotros hemos escrito con nuestros errores. No sé si esto podrá servirle para infundirle más valor y resignación, pero piense que la vida sólo tiene la importancia que le damos nosotros mismos. Todos estamos de tránsito en el mundo, todos marchando juntos hacia la muerte. Podemos retardar este final, pero jamás eludirlo. Así pues, ¿qué importancia tiene morir ahora en la Tierra, o dentro de veinte años en Marte?

La muchacha guardó silencio.

-Vamos, nos están esperando -dijo Gustav empezando a bajar por la escalerilla.

La mayoría de los pasajeros ya estaban acomodados en los planeadores, pero todavía quedaba un pequeño grupo junto a los aparatos, como esperando la llegada de Bettelheim. Entre el grupo estaban los Dabney, el matrimonio Tressler y los pilotos Krogh y Steinmetez.

Al acercarse Gustav, el señor Tressler salió a su encuentro.

-Hemos estado escuchando por la radio lo que hablaban usted y la señorita Dalhberg -dijo el caballero-. En lo que a mi mujer y a mí respecta, quiero decirle que no le guardamos rencor por su decisión de llevarnos a la Tierra. Sus palabras nos han hecho abrir los ojos a una realidad que con demasiada frecuencia olvidamos. Es cierto, todos estamos de puro tránsito en la vida, marchando inexorablemente hacia la muerte. No tiene tanta importancia morir en la Tierra o en Marte. En el fondo, nos alegramos de volver a casa en la medida que un regreso de esta naturaleza puede alegrar a alguien. Será un consuelo reunimos con nuestros hijos, vivos o muertos, así como ver extinguirse nuestras miserables vidas en la casa donde hemos vivido siendo tan felices. Gracias, comandante Bettelheim.

Gustav se dejó estrechar sorprendido la mano enguantada.

Se escuchó la voz del millonario Dabney rezongando por lo bajo:

-«Tonterías, nadie se muere con gusto».

-Suban a los aparatos-dijo Gustav-. Vamos a despegar.

Aunque el uso de la radio que todos llevaban formando parte de su equipo, hacía innecesaria la proximidad de dos personas para hablarse, el millonario Dabney se acercó a Gustav y dijo:

-Por última vez, Bettelheim. ¿No va a cambiar de idea?

-Ya hemos discutido bastante este asunto, señor Dabney. No perdamos más tiempo y suban al cohete. Bert, tu tripularás el aparato. La señorita Dalhberg y los señores Tressler irán con vosotros. Es posible que la

resignación y el buen juicio de los Tressler se contagie al señor Dabney durante el viaje.

-Maldito estúpido -se oyó rezongar a Dabney mientras echaba a andar hacia el cohete seguido de sus hijos.

Gustav se quedó el último en tierra viendo cómo los demás se metían en los planeadores y se cerraban una tras otra las portezuelas. Cuando todos estuvieron acomodados, Gustav trepó por la larga escalerilla de asas de acero del costado de su cohete hasta alcanzar la escotilla superior.

Cuando se acomodó en su asiento, en una postura bastante incómoda, los Stafford, los Maisel y el ovejero australiano, llamado Scott, estaban debajo de él amarrados a sus asientos por los cinturones de seguridad.

-Atención -dijo Gustav por el teléfono interior-. Vamos a despegar.

Uno tras otro, arrojando largos penachos de llamas y de humo, los cuatro cohetes se elevaron con lenta majestuosidad para ir acelerando a medida que ganaban altura sobre la árida y torturada superficie de la Luna.

* * *

Cayendo en vuelo libre hacia la Tierra, o sea, con los motores parados, el cohete iba acelerando con el paso de las horas a medida que se dejaba sentir con mayor fuerza el tirón de las fuerzas gravitatorias del planeta que actuaban sobre él.

Había llegado el momento de empezar la operación de frenado, so pena de entrar en la atmósfera terrestre a tanta velocidad, que la fricción del aire volatilizaría la máquina incendiándola y haciéndola estallar como un aerolito.

Los cuatro planeadores estaban en comunicación constante por radio, más al cabo de treinta horas de viaje, cansados y soñolientos, los pilotos habían agotado todo tema de conversación para permanecer silenciosos.

Gustav, después de echar un vistazo al altímetro radar, sacudió su modorra estableciendo de nuevo contacto con sus compañeros.

-Muchachos, sacudid el sueño de vuestras pestañas. Hemos de empezar a frenar a partir de ahora. ¿Ya estáis despiertos?

-Sí, Bert -dijo por los auriculares la voz de Fried Steinmetez.

-Dispuesto, Bert -dijo por los auriculares la voz de Jerry Teubner, quien a pesar de su pierna herida pilotaba el tercer cohete.

-¿Cómo va esa pierna, Jerry?

-En esta falta absoluta de gravedad, ni la siento. Estoy bien, gracias.

Hasta los oídos de Gustav llegó un guirigay de voces excitadas que hablaban al mismo tiempo sin entenderse lo que decían.

-¿Qué es eso?-gritó Gustav-. ¿Quién arma ese jaleo?

Por encima de todas aquellas voces se escuchó la de Berthold que gritaba:

-Es aquí, Gus...

De nuevo las voces ahogaron la respuesta de Krogh. De súbito se hizo el silencio.

-¡Bert! -llamó Gustav irritado.

La voz de Fried dijo:

-Ha dejado de comunicar. Parece como si su radio se hubiese estropeado.

-O como si Bert hubiese arrancado la clavija de su teléfono -añadió Jerry.

-Callaos vosotros. Voy a ver si logro hacerme escuchar. ¡Bert!

De pronto sonó un zumbido y quedó restablecida la comunicación.

-Alo, Gus. Soy Bert. ¿Me escuchas?

-¡Condenación, claro que te escucho! ¿Qué te ocurre?

La voz de Berthold sonó clara y pausada:

-Ha ocurrido algo, Gus. El señor Dabney está detrás de mí apuntándome a la espalda con una pistola.

-¿¡Qué!? -gritó Gustav sintiendo una oleada de sangre subírsele a la cabeza-. ¿Se ha vuelto loco ese hombre? ¿De dónde ha sacado la pistola?

-No lo sé. Es una pistola pequeña. Seguramente la tuvo siempre en su poder desde que emprendió este viaje, ¿qué importa? La tiene y me clava el cañón en los riñones...

-¿Qué quiere? -rugió Gustav.

-A ver si eres capaz de imaginarlo -repuso el piloto soltando una risita.

-¡Bert, déjate de bromas! ¿Qué quiere?

-Que dé media vuelta y regrese a la Luna, eso es lo que quiere. ¿No es así, señor Dabney?

La voz gruesa de Dabney se escuchó por la radio. Debía haber conectado la clavija de su teléfono al cuadro de instrumentos de Berthold:

-Exactamente, señor Bettelheim. El señor Krogh va a virar y a regresar a la Luna, donde tomaremos la aeronave para emprender viaje inmediato a Marte.

Gustav hizo un esfuerzo para recobrar la calma. Lo consiguió en buena parte, de modo que su voz era más tranquila al decir:

-No sea loco, Dabney. Nunca conseguirá que Bert le lleve a la Luna. Pero de todos modos, si lo hiciera, yo regresaría también para seguirles y ajustarle las cuentas donde le alcanzase.

-Le creo capaz de hacerlo. Sé que me odia y que no reparará en medios para impedir que pueda salvarme regresando a Marte. Sin embargo, antes prefiero aceptar una lucha con usted en la Luna, sea quien sea el vencedor, que seguir a la Tierra donde sé que habré perdido toda oportunidad de salvarme apenas aterricemos. Señor Krogh, ¡dé media vuelta y ponga proa a la Luna!

Gustav tuvo que escuchar impotente la siguiente conversación entre Dabney y Krogh:

-No, señor Dabney. No regresaré a la Luna.

-Le aseguro, Krogh, que si no me obedece dispararé.

-Muy bien, hágalo. Máteme y no sólo habrá matado sus esperanzas de alcanzar la Luna, sino también la posibilidad de llegar a la Tierra.

-Si usted no me lleva a la Luna, ¡maldito si me importa que este condenado cohete se pierda en el espacio y no llegue jamás a la Tierra!

-Yo creo que sí le importará.

-Usted no me conoce. Jamás dejé de conseguir aquello que me propuse alcanzar. Y lo único que quiero ahora es que volvamos a la Luna. En el fondo, le obligo a hacer algo que usted está deseando hacer. No es tan seguro que le escojan por piloto para la aeronave que más tarde vaya a Marte con los supervivientes de la Tierra. Siguiendo mis órdenes, usted se asegura la salvación en Marte, y los que vengan detrás que se las arreglen como puedan.

-No, señor Dabney. Esta vez no se saldrá con la suya. Allá en la Luna, todavía me inspiraban simpatía y compasión sus anhelos de salvar la propia vida. Ahora me inspira usted repugnancia, pues veo que en el fondo no es otra cosa que un cobarde. ¡Déme esa pistola!

En la cabina del cohete debía haber comenzado una lucha a brazo partido entre el piloto y el millonario Dabney.

-¡Bob, ven, ayúdame a sujetar a este imbécil!

Sonó un estampido sordo. Y luego súbito silencio.

-¡Bert!-gritó Gustav inclinándose anhelante.

Un sollozo de mujer llegó a través del espacio cósmico hasta el receptor de Gustav Bettelheim. Luego, la voz entrecortada de Lotte Dalhberg:

-¡Lo ha matado! ¡Comandante... el señor Dabney ha disparado contra Berthold! ¡Y lo ha matado!

Gustav se sintió bañado en sudor frío.

-¡Dabney, estúpido, bárbaro y necio! -bramó como un energúmeno golpeando los brazos de su sillón-. ¡Haré que le cuelguen por esto! ¡No, yo mismo le retorceré el cuello con mis manos! ¡Bárbaro! ¡Asesino!

La propia cólera ahogó las palabras en la garganta de Gustav. Hubo un silencio dramático en el que sólo se oyó el quedo sollozar de la azafata Dalhberg. Luego, Dabney habló con lengua estropajosa:

-Fue un accidente... yo no quería disparar. Pero la pistola se disparó sola... ¡Dios mío!

-Papá, ¿qué has hecho? -se oyó más lejana la voz angustiada de Cornelia Dabney.

Luego fue el sentido común quien habló por boca de la señora Tressler:

-¿Quién va a pilotar ahora este cohete?

La interrogante de la señora Tressler produjo en Gustav el efecto de una descarga eléctrica. Krogh estaba muerto y nada podía hacerse por él. Pero a bordo del cohete quedaban otras seis personas con vida. ¿Podía hacerse algo por ellas?

La respuesta a esta pregunta era que no. Un planeador cohete era una máquina de una complejidad enorme, demasiado complicada para que uno de los asustados pasajeros cualquiera pudiese llevarlo felizmente a tierra siguiendo las instrucciones que Gustav le diera por radio. En efecto, si ya era difícil para un aeroplano corriente aterrizar sin una mano experta que lo dirigiera, ¿cuánto más difícil no sería pilotar un cohete que iba a entrar en la atmósfera a la velocidad de un proyectil?

Gustav desechó inmediatamente esta idea por irrealizable. Echó una mirada al velocímetro y vio que seguía en alarmante aumento la velocidad del cohete.

Al hablar de nuevo, la voz de Gustav era serena. Sus palabras fueron secas y concisas.

-Lotte, ¿me escucha usted?

-Sí... ¡Oh, comandante! ¿Qué haremos ahora?

-¿Berthold está muerto? ¿Lo ha comprobado?

-No, pero...

-Que alguien le ayude. Quítele la escafandra a Bert y vea si está muerto o solamente herido.

Esperó un buen rato mientras veía avanzar la saeta indicadora de su velocímetro. En los otros dos planeadores, Jerry y Fried escuchaban también con la respiración contenida.

-Está muerto.

Por su acento, «fraulein» Dalhberg parecía saber que dictaba su propia sentencia de muerte con estas palabras.

-Escúcheme ahora con atención, Lotte. Procure tranquilizarse antes y preste atención.

-Ya estoy más tranquila, comandante. Le escucho.

-¿Está sentada al lado de Berthold?

-Sí.

-Hay una fila de botones de colores en el brazo derecho del sillón que ocupa Berthold. Usted apretará los botones que yo le diga cuando yo se lo mande.

-¿Cree que podré guiar el cohete hasta tierra, comandante?

-No, Lotte. Ni usted ni ninguno de los que están a bordo de ese cohete pueden conducirlo a la Tierra. Sólo hay una cosa que pueden hacer. Frenar el impulso del cohete para que éste caiga hacia la Tierra a una velocidad mínima... y convertirse en un satélite artificial.

-¿Quiere decir que quedaremos dando vueltas alrededor de la Tierra...

sin poder bajar jamás, hasta que muramos?

-No morirán, si hay un poco de suerte. Apenas yo haya aterrizado en Alemania tomaré otro cohete que me elevará hasta la órbita del satélite donde se encuentren ustedes. Llevaré otro piloto conmigo. Yo intentaré pasar al cohete de ustedes y hacerme cargo de los mandos. Será una empresa larga, difícil y azarosa... pero es lo único que podemos hacer.

Un blando, resignado gemido, contestó a las palabras de Gustav.

-Está bien-suspiró la valiente azafata-. Diga lo que debo hacer.

Los cuatro planeadores caían en vuelo libre a una velocidad cada vez mayor hacia la Tierra.

CAPÍTULO VI

Con pericia, seguridad y sangre fría, Gustav Bettelheim condujo su meteórico planeador sobre la pista de cemento de cinco mil metros de longitud de la Base Hohestaufen, cerca de Norden, a orillas del Mar del Norte.

La operación de tomar tierra con un planeador de cortas y retraídas alas, aunque muchas veces realizada, siempre ofrecía como nuevo su riesgo y su emoción. Gustav tiró suavemente de los mandos mientras la pista se deslizaba vertiginosamente ante él. La visión que se obtenía a través de la angosta ventanilla era muy reducida.

Era más bien cuestión de tacto y sentido de la oportunidad el dejarse caer sobre un suelo que ni siquiera podía ver.

El tren de aterrizaje chirrió cuando las ruedas entraron en contacto con la pista. El aparato dio un salto, volvió a tocar la pista y se deslizó por ésta durante 3.000 metros hasta que Gustav vio aparecer las instalaciones de la base y empezó a aplicar los frenos con suavidad.

La máquina se detuvo echando humo de los neumáticos que ya no servirían para ningún otro aterrizaje. Un pequeño automóvil de tipo militar vino rodando velozmente por la pista, seguido a corta distancia de un auto-bomba de los utilizados por el servicio de extinción de incendios.

En los auriculares de Gustav sonó la voz del oficial de vuelos.

-Buen aterrizaje, Gus. Dudo que haya otro en el mundo capaz de hacerlo mejor.

-Gracias, Fischart. Remojadnos ahora un poco y podremos salir de este maldito ataúd.

El auto-bomba se detuvo junto al planeador. Dos fuertes chorros de agua cayeron sobre el cohete, cuyas alas durante el vuelo de planeo se habían recalentado hasta ponerse al rojo blanco.

-Ahí llega Fried -anunció el oficial de vuelos-. Muy buen aterrizaje. Cada vez lo estáis haciendo mejor.

A través del cristal oscuro de la cabina, Gustav vio el planeador pilotado por Fried que venía rodando para detenerse a menos de cincuenta metros de distancia. Otro auto-bomba corría ya para aliviar a los pasajeros del tórrido calor que reinaba dentro del recalentado aparato.

Una camioneta llegó con la escalerilla metálica que fue adosada al costado del planeador de Gustav. Los empleados abrieron la escotilla posterior desde afuera. Gus abrió la suya y saltó a tierra desde unos tres metros de altura.

Mark von Hohestaufen en persona vino hacia el cosmonauta. Era un hombre todavía fresco, de unos 45 ó 50 años de edad, alto, fornido, los cabellos de un rubio suavemente plateado. Alargó su diestra y estrechó

vigorosamente la mano todavía enguantada de Gustav.

-Gracias, Gustav -dijo Hohestaufen visiblemente emocionado-. Me decía el corazón que podía confiar en usted.

-¿Qué quiere decir?

-No jugué limpio con usted cuando le ordené conservar la aeronave a cualquier precio. Le oculté lo que estaba ocurriendo aquí en la Tierra, y lo hice porque temía que el pánico se apoderara de ustedes y se dieran a la fuga regresando a Marte con la «K-3».

-¿De modo que pensó eso?

-Usted sabrá perdonarme, Bettelheim. Están ocurriendo cosas terribles. El mundo anda desquiciado y creo que todos nos comportamos de una manera extraña. Acompáñeme. Comeremos juntos y charlaremos. Invitaremos también a Steinmetez y a Teubner. ¡Oh, todos se han portado magníficamente, sin olvidar al infortunado y leal Krogh!

Aunque las palabras eran las adecuadas al caso, Gustav creyó advertir cierta ausencia de verdadera emoción en el acento de Hohestaufen.

Cosas más extrañas sin embargo iba a ver Gustav, y finalmente comprendería que, en efecto, las personas que él conocía no se comportaban de la forma acostumbrada. Los mecánicos del personal de tierra empleados en la base, por ejemplo, pasaban por su lado sin contestar a su saludo como si le ignorasen.

Cuando iban a entrar en el Hotel Planetario, Gustav advirtió la presencia de numerosos soldados que iban de un lado a otro o montaban guardia en los lugares claves de la base, tales como puertas de acceso, ramales de tuberías de combustible, talleres y hangares.

-¿Qué ocurre? -preguntó Fried Steinmetez-. ¿Hemos sido ocupados militarmente?

-Los soldados están aquí para conservar la cabeza cuando la pierdan los empleados del personal de tierra. Pero incluso llegará un momento que también los soldados y los oficiales que los mandan lo echarán todo a rodar para marcharse a sus casas... Esta es la Apocalipsis, amigos míos. La gente todavía se mueve en su estado de estupor como un auto al que se le acaba la gasolina y sigue rodado un trecho más por su propio impulso. Será terrible cuando despierte en ellos la conciencia del irremisible fin del mundo, y por nada quisiera estar presente cuando eso ocurra.

-Un momento, señor Hohestaufen -dijo Gustav reteniendo al potentado con un ademán cuando cruzaban la puerta-. Espero que no haya olvidado esas seis personas que han quedado allá arriba en un cohete que da incesantes vueltas a la Tierra. ¿Hay alguna máquina preparada para que yo pueda salir enseguida en su rescate?

-Tenemos un planeador preparado para despegar en una hora. Sin embargo tendrá que reprimir su impaciencia y esperar un poco mientras

localizamos el cohete y las calculadoras electrónicas aportan los datos complementarios para el lanzamiento.

-¡Eso puede tardar horas!

-Sí, tardará horas, pero es necesario. No podemos lanzarle a ciegas, confiando que la buena suerte le lleve precisamente a la órbita del cohete perdido. Por lo demás, nuestros clientes no deben encontrarse muy cómodos allí, pero sus vidas no corren peligro mientras tengan oxígeno para respirar.

Gustav tuvo que admitir que las medidas adoptadas por Hohestaufen eran lo más acertado para no fallar en el intento de rescatar a los cosmonautas perdidos.

Poco después, la azafata Mary Clocher entraba en el comedor conduciendo al fatigado y abatido grupo de pasajeros.

Hohestaufen, durante la comida, habló extensamente de la guerra, sin haber concluido, quedaba suspendida por el estado exhaustivo de los bandos beligerantes. Tanto la Unión Soviética como parte de la China. Gran Bretaña, los Estados Unidos y el Canadá habían quedado completamente arrasados por las bombas atómicas.

-Durante algún tiempo hemos esperado que los rusos avanzaran a través de Europa y los americanos trajesen sus tropas de desembarco, pero puede darse por seguro que nada de eso va a ocurrir. La ocupación ni la defensa de los territorios carecen de interés ahora que se sabe que todo el mundo va a perecer.

-Todo el mundo -repitió Gustav-. Excepto los que tengan la fortuna de poder buscar refugio en Marte.

Hohestaufen guardó pensativo silencio. Bruscamente, poniéndose en pie, dijo a Gustav:

-Si no está demasiado cansado, me gustaría hablar reservadamente con usted unos minutos.

-Le acompañaré con mucho gusto -repuso el piloto levantándose a su vez.

Fried y el herido Jerry cruzaron entre sí una mirada sombría.

-Nos veremos más tarde -dijo Gustav a sus compañeros.

Anochecía cuando los dos hombres salieron del restaurante. Instintivamente Gustav levantó los ojos por si veía en el cielo el cohete brillando en las alturas con los últimos rayos del sol. Lo que vio fue una alta y gigantesca nube que reflejaba al sol con luces amarillas y metálicas.

-¿Tormenta? -murmuró Gustav.

-No, polvo radiactivo -contestó Hohestaufen-. Esa nube progresa lentamente hacia el sur desde la Unión Soviética y cubre ya media Europa. Mucha gente huye hacia el Mediodía queriendo escapar a la nube, pero es inútil. La nube les alcanzará al fin.

Los dos hombres echaron a andar en silencio hacia el pabellón donde estaban las oficinas de la Compañía. Hohestaufen llevó a Gustav hasta su despacho, cerró la puerta y fue a abrir las persianas, quedando unos minutos contemplando la enorme y amenazadora nube amarilla.

-No nos queda mucho tiempo -suspiró volviéndose hacia Gustav. Y se dejó caer en su sillón. Hizo un ademán cansino-. ¿No quiere sentarse?

-Llevo casi cuarenta horas amarrado a un asiento. Si no le importa me quedaré de pie.

-Bien, Bettelheim. Creo que se siente usted impaciente por hacerme una pregunta.

-Sí.

-Como usted ya habrá adivinado, me propongo salvar a un pequeño grupo de personas intentando imitar al venerable padre Noé. Dios ha castigado de nuevo al mundo por sus pecados, pero creo con entera fe que contaba con mis aeronaves para ofrecer una versión moderna de lo que ocurrió con el Diluvio Universal. Si Dios hubiera querido que el género humano desapareciera de la faz de la Tierra, entonces no nos habría permitido construir aeronaves capaces de volar a través del espacio hasta otro mundo donde acaso sea posible para unas cuantas personas sobrevivir a esta catástrofe.

-Los designios de Dios son inescrutables -dijo Gustav religiosamente.

-Usted, con una impaciencia muy humana, se estará preguntando si he escrito su nombre en la lista de las personas que me van a acompañar en esta aventura.

-Sí, ¿a qué negarlo?

-Tranquilícese, su nombre está a la cabeza de la lista. Necesitamos pilotos experimentados para conducir nuestras aeronaves a feliz puerto, y usted es el mejor. Contaba también con Krogh, pero tendremos que sustituirle. Teubner ha regresado herido, por lo tanto prescindiremos de él y tomaremos a Steinmetez para que pilote una de las dos aeronaves.

-¿Quiere decir que dejará a Jerry en tierra? -preguntó Gustav aterrado.

-¿Qué remedio? No podemos llevar a todas las personas que por lazos familiares o de amistad nos gustaría llevar con nosotros.

-Usted llevará a su familia.

-Solamente a mi mujer y mis dos hijas. Bettelheim, tiene que darse cuenta de una cosa, el número de personas que podemos llevar es muy limitado. No podemos hacer extensiva nuestra prodigalidad a todo el mundo.

-Yo no digo que lleve a todo el mundo. Pero Jerry... y Mary Clocher... y la señorita Dahlberg...

-No se trata de un viaje de recreo, Bettelheim. De hecho va a ser un viaje bastante incómodo. Por espacio de tres meses tendremos que comer,

dormir y permanecer de pie apretados unos contra otros. Podemos prescindir de las azafatas. Esto le parecerá a usted excesivo, pero en realidad podemos prescindir antes de una persona que de una ternera. Las especies animales de la Tierra no pueden perderse. Tenemos que llevar una pareja de cada una de ciertas especies indispensables para la economía y la alimentación de la colonia que vamos a fundar en Marte. Y no sólo animales, sino máquinas y herramientas muy diversas para ayudamos en la lucha contra las adversas condiciones de vida que se den en aquel planeta.

-De todos modos no va a llevar sólo animales y una sola pareja formada de hombre y mujer para que lentamente vuelvan a repoblar el mundo -protestó Gustav-. Si va a llevar veinte o treinta personas, ¿qué le importa que sean Jerry Teubner y Mary Clocher, u otras personas?

-Usted no lo comprende, Bettelheim. No hay que salvar sólo las especies animales, las vegetales y la especie humana. Tenemos que salvar también nuestra civilización. Dentro de quinientos u ochocientos años, cuando la radiactividad haya desaparecido, nuestros descendientes podrán volver a habitar la Tierra. Pero no tratamos tanto de procurar que sea una colonia numerosa la que vuelva al solar terrestre, como que sea selecta y esté científicamente preparada para recomenzar la conquista de este planeta. Añada a esto las precarias condiciones en que vamos a llegar a Marte. Nuestra pequeña colonia tendrá que trabajar con dureza para ensanchar y afianzar la cabeza de puente que hemos establecido allá. Tendrá que procurarse un espacio vital, criar ganado y cultivar plantas en un ambiente hostil, donde el ingenio tendrá que suplir todo lo que nos faltará. Por lo tanto, deben ser personas seleccionadas las que formen nuestra colonia. Sabios, científicos, ingenieros, mecánicos... hombres que puedan aportar con su trabajo ideas y medios ingeniosos para luchar contra todas las dificultades. Y cada uno de esos hombres, al mismo tiempo, debe aportar en su cerebro sus conocimientos sobre una materia determinada. No podemos llevar con nosotros toda la ciencia escrita en los libros que forman los cimientos básicos de nuestra cultura y nuestra civilización. Por lo tanto, en vez de un millar de volúmenes que traten de botánica, por ejemplo, llevaremos a un ingeniero agrónomo, y en vez de una biblioteca con todos los conocimientos técnicos acumulados sobre la industria del acero, llevaremos un ingeniero siderúrgico. La ley selectiva de la vida, la que practica la propia Naturaleza, tenemos que aplicarla inexorablemente a nuestra colonia. Tenemos que hacerlo así, o de le contrario pereceremos de hambre y de frío, y o nos extinguiremos lentamente o retrocederemos a la edad primitiva si no aportamos la instrucción necesaria para educar a nuestros hijos. ¿Lo ha comprendido ahora?

-Creo que se toma demasiado en serio su papel de Noé, señor Hohestaufen, eso es lo que creo. Nuestros descendientes no perderían nada

aunque se olvidase la técnica de hacer desintegrar el átomo, por ejemplo. Quizás nos conviniese mejor olvidar, que llevar constancia con nosotros de una ciencia que no hemos sido capaces de digerir.

-Eso es una tontería, Bettelheim. Si dejáramos a nuestros descendientes volver a la Edad de Piedra, ellos volverían con el tiempo a incurrir en los mismos errores que hicieron nuestra desdicha. Por el contrario, la Humanidad que surja de nuestra pequeña colonia debe tener presente esos errores para no caer a su vez en ellos. Por lo demás, no es posible sobrevivir en Marte sin una alta y avanzada técnica. El milagro de salvar a la Humanidad de su total aniquilamiento no podría haberse producido hace cincuenta años atrás. Es la técnica quien nos da esta oportunidad. Y únicamente gracias a la técnica seremos capaces de sobrevivir en Marte.

Gustav Bettelheim guardó largo y penoso silencio. Repiqueteó el teléfono sobre la mesa de Hohestaufen. El potentado levantó el aparato y aplicó el auricular a su oído. Escuchó contestando con algunos monosílabos. Dijo: «Está bien, apresúrenlo todo lo que puedan».

Colgó y miró a Gustav.

-El Observatorio Astronómico Nacional acaba de localizar el cohete. Tardarán todavía unas horas en concluir los cálculos que le guiarán infaliblemente hasta él. Debería descansar unas horas hasta que se le llame para emprender el vuelo.

Gustav asintió con la cabeza.

-¿No es irónico, Bettelheim? -dijo Hohestaufen.

-¿El qué?

-Que tenga que gastar un montón de dinero para rescatar a unas personas que de todas formas están condenadas a morir en una agonía más larga y horrible que la que sufrirían si les dejáramos donde están.

Gustav frunció el ceño amenazador.

-No, no es que lamente quemar un montón de toneladas de combustible para rescatar a esa gente. El dinero ha dejado de tener valor aquí donde fue el amo y señor de los hombres. Ahora todo el mundo quiere gastar su dinero... pero no encuentra en qué.

-Iré a echarme un rato -dijo Gustav secamente.

Von Hohestaufen le vio salir en silencio.

CAPÍTULO VII

Llovía torrencialmente cuando despertaron a Gustav Bettelheim al amanecer. Gustav fue al vestuario, donde encontró a Fischart embutiéndose en su apretado traje «g».

-Apresúrate, Gus. Disponemos sólo de veinte minutos para despegar. Acaban de enviamos los cálculos de las máquinas electrónicas hace sólo cinco minutos, y resulta que debemos despegar ahora o tendremos que esperar dos horas más hasta que ese maldito cohete vuelva a pasar sobre nosotros.

Gustav no tuvo nada que objetar a la designación de Fischart como piloto. Fischart había realizado numerosos vuelos a la Luna y tenía experiencia en cohetes.

Cuando estuvieron vestidos con sus trajes «g» se pusieron encima de éstos los trajes de presión completa, pues para el trasbordo de Gus de un cohete a otro necesariamente habría de exponerse a la frialdad del vacío absoluto que reinaba en las alturas por donde viajaba el planeador en una órbita de satélite.

Completamente equipados, los dos hombres salieron del vestuario. Cuando llegaban a la puerta del pabellón vieron a von Hohestaufen que detenía su automóvil bajo la lluvia haciéndoles señas para que se apresurasen.

Uno de los soldados que estaban junto a la puerta, al resguardo de la lluvia, se quitó su impermeable y se lo ofreció a Gustav.

-Póngase esto. Es lluvia radiactiva -señaló al aguacero que abrillantaba el asfalto y rayaba el foco luminoso de los faros del automóvil que aguardaba afuera.

Fischart se había echado sobre los hombros un impermeable húmedo, el que llevaba cuando vino al pabellón. Cruzaron corriendo bajo la lluvia y se metieron en el automóvil.

-¿Hay noticias del cohete? -preguntó Gustav mientras Hohestaufen ponía el auto en marcha.

-Hablé por radio con la señorita Dalhberg hace apenas diez minutos. Todos están bien, aunque con muchas ganas de que les saquen de allí. Les dije que usted iba a subir por ellos y se alegraron mucho.

El cohete destacaba bajo la lluvia iluminado por los reflectores.

Era un modelo pequeño si se le comparaba con los grandes planeadores utilizados por la Compañía Hohestaufen para llevar sus viajeros a la base de la Luna, y también muy antiguo. Con un cohete como aquél, los rusos y los americanos habían enviado sus primeros cosmonautas a la Luna.

Sin embargo, con ser tan anticuado y complicado, el pequeño cohete tenía una ventaja sobre los más grandes y modernos. En aquel aparato, un

«cerebro electrónico» guiaba la ruta del cosmonauta sin intervención de éste. Era pues lo mejor que Gustav pudiera desear para buscar al extraviado cohete en las alturas del cielo, pues disparado en el momento preciso el pequeño planeador de sólo dos plazas le llevaría al punto deseado con más eficacia de como lo haría un piloto humano.

-Vuelvan sanos y salvos -dijo Hohestaufen cuando les abría la portezuela desde el interior del automóvil-. Les necesitaremos para llevar el pasaje a la Luna, y luego para el último viaje a Marte.

Los dos cosmonautas salieron del coche corriendo bajo la lluvia hasta el pie de la plataforma de lanzamiento. El ascensor les elevó hasta la altura de la escotilla abierta en un costado del cono del cohete. No había nadie arriba de la plataforma para ayudarles a entrar y luego cerrar la portezuela.

-¿Andamos escasos de personal, por lo que veo? -dijo Gustav mientras avanzaba hasta el borde de la plataforma.

-La gente se siente remisa a exponerse bajo esta lluvia radiactiva. Muchos de nuestros empleados han abandonado sus puestos. Nadie quiere trabajar, ¿para qué? Pronto llegará el día que tendremos que recurrir a los soldados para cargar el combustible de nuestros cohetes. Y luego hasta los soldados nos abandonarán. El mundo se resquebraja y se hunde. Es el fin.

Los dos cosmonautas entraron por la angosta escotilla hasta la no menos angosta cabina atestada de instrumentos. Los dos únicos asientos estaban dispuestos en tándem, uno detrás de otro. Fischart, que iba a pilotar el planeador de regreso a la Tierra, ocupó el primer asiento delantero. Gustav cerró y aseguró la portezuela.

La voz monótona del operador del puesto de disparo empezó a contar al revés los minutos que faltaban para el lanzamiento. Los cosmonautas revisaban el complejo amontonamiento de indicadores. El viejo cohete no les inspiraba demasiada confianza. Todavía era de aquellos que de vez en cuando daban la sorpresa a sus pilotos reventando en el aire o bien en el momento de despegar.

Faltando cinco minutos para el final de la cuenta, los cosmonautas aseguraron sus cinturones, se ajustaron las máscaras de oxígeno y se dispusieron a esperar relajando los músculos.

-¡Atención, falta un minuto! -anunció la voz del operador de radio.

Las mangas que habían estado suministrando el combustible vital se soltaron automáticamente. El cohete quedó solo bajo la lluvia, iluminado pollos reflectores.

-«Cero menos sesenta segundos» -anunció la voz del operador.

La cuenta rápida continuó:

-«Menos cincuenta... menos cuarenta... menos treinta... menos veinte... menos diez... menos uno. Fuego».

Bramaron los motores envolviendo al cohete en una nube de blancos

vapores. «Con tal que no estalle», se oyó rezongar a Fischart por el teléfono interior.

Gustav sintió el tirón de las fuerzas «G» o gravitatorias que le incrustaban más en su sillón de conformación anatómica. Aquella fuerza aumentó hasta convertirse en una opresión brutal mientras la máquina aullaba ganando velocidad a medida que se elevaba.

Luego, el rugido de los motores quedó atrás. La fuerza «G» aumentó de nuevo cuando la primera sección se separó del cuerpo principal y se encendió el motor de la segunda sección. Volvió a aumentar poco después cuando la segunda sección se desprendió y entró en ignición la tercera.

Unos minutos más tarde cesaba aquella torturante opresión, Gustav sentía crujir los muelles de su asiento, y la inefable sensación de bienestar del tránsito a la ingravidez le inundó indicándole que habían alcanzado la órbita.

Fischart soltó una risita y exclamó:

-Pues miren, tampoco estalló esta vez. Quizás a la próxima.

* * *

El sol brillaba sobre las cabezas de los astronautas cuando el cohete alcanzó la máxima altura de su órbita. Fischart oteó el espacio negro a través del cristal.

-Después de todo, en nuestra niñez no hacían los cohetes tan malos como pudiera creerse. Ahí delante tenemos a los náufragos -rezongó el piloto.

Gustav se empinó para mirar por encima del hombro de su compañero.

-Aceleraremos un poquitín nada más y los alcanzaremos -dijo Fischart apretando el botón de ignición.

El brusco empujón del motor tiró a Gustav hacia atrás contra el respaldo del sillón. Como había soltado su cinturón, rebotó y flotó hasta el bajo techo de la cabina.

-Deja de revolotear como un pajarito y prepárate para el abordaje, Gus -dijo Fischart-. Les estamos alcanzando.

El motor se paró automáticamente. Gustav buscó su escafandra.

-Sal por la esclusa de aire y no te olvides de cerrar bien la puerta. Voy a llamarles por radio para anunciarles tu visita -dijo el piloto.

-Buena suerte, Johann.

-Lo mismo digo.

Gustav se descolgó por la estrecha escotilla hasta la esclusa de aire. Cerró la trampilla tras sí, la aseguró con el tornillo y ajustó su escafandra al escote metálico con banda de caucho de su traje de presión completa. Luego conectó los tubos a las botellas de oxígeno y abrió la espita, comprobando que respiraba sin dificultad antes de proceder a dejar escapar

el aire de la esclusa.

Al abrir la portezuela y mirar abajo, se vio en el borde de un abismo aterrador. Allá, la Tierra giraba con rapidez ofreciéndole el contorno de los continentes bañados por los océanos. No experimentó sensación de vértigo, sino la impresión de estar viviendo una pesadilla en la cual su cuerpo flotaba sobre aquel vacío sin peso alguno.

El cohete planeador estaba a unos 20 metros a estribor, pero Fischart estaba acortando esta distancia. Al cabo de unos minutos, los dos cohetes se encontraban volando uno junto al otro a diez metros de distancia. Fischart no podía acercar más su cohete sin peligro de lanzarlo contra el planeador. Y los cohetes eran engañosamente endebles, debido a la necesidad de reducir su peso al máximo.

La voz de Fischart sonó en los auriculares de Gustav.

-No me atrevo a acercarme más, Gus. Una colisión con ellos significaría la ruina para todos. Ya sabes que cualquier abolladura produce después remolinos de aire durante la operación de planeo. Y no digo si se produce una desgarradura...

-Ya está bien, Johann. Saltaré desde aquí.

-Ve con cuidado, muchacho. Un fallo te haría pasar por encima de ellos o por debajo... e iba a costarme luego un demonio capturarte, si no te perdía y pasabas a convertirte en un nuevo satélite de la Tierra para la eternidad.

Inmediatas a la escotilla estaban las asas que servían de escalones cuando el cohete aterrizaba en posición vertical. Gustav se impulsó suavemente fuera del aparato y cogido a una de aquellas asas cerró de golpe la portezuela.

En el planeador que volaba a la par, podía ver rostros de mujer pegados con expresión de ansiedad al cristal de la cabina.

La voz angustiada de Lotte Dalhberg sonó entonces en los oídos de Gustav.

-¡Por Dios, comandante! ¡Lleve mucho cuidado!

-No pasa nada, Lotte. Tranquilícese. ¿Se han puesto todos sus escafandras?

-Sí...

-Bueno, pues prepárense a soltar el aire y abrir la portezuela cuando yo llegue. Voy a saltar.

Gustav midió la distancia con la vista, calculó el impulso que debería darse y apoyó los pies en el fuselaje del cohete. Se soltó, las manos, quedando en una postura inverosímil, la Tierra delante de él, y sobre su cabeza el planeador donde seis personas quedaban pendientes de sus movimientos.

Gustav flexionó las piernas.

-¡Allá voy!

Saltó «hacia arriba» y sintió que sus pies se despegaban con facilidad del cono del cohete. Surcó suavemente el espacio y cayó sobre el planeador, asiéndose al borde de una de sus alas.

-¡Magnífico, Gus! -exclamó Fischart-. Un trapecista no hubiera mejorado ese salto.

-¡Vamos a abrirle la puerta, comandante! -se escuchó la voz alborozada de la azafata.

Al abrirse la portezuela y entrar en el planeador, Gustav se encontró rodeado de un círculo de rostros que le contemplaban pintando las más diversas y contradictorias emociones; júbilo en Lotte Dalhberg, sorpresa en el matrimonio Tressler, temor en el millonario Dabney. Y en el bello rostro de Cornelia Dabney, una expresión extraña, a la vez de aborrecimiento, alivio y admiración.

Gustav no perdió tiempo.

-Que alguien me ayude a sacar el cadáver de Krogh -dijo empezando a moverse.

Bob Dabney le echó una mano. El cadáver no pesaba nada en realidad, pero todavía estaba sujeto por el cinturón al asiento donde le sorprendió la muerte.

-Vamos a echarle por la escotilla afuera -dijo Gustav.

-¡Comandante! -protestó Lotte-. ¿No vamos a llevarle siquiera a la Tierra para enterrarle?

-Este cohete ya lleva su dotación completa. Krogh no pesa nada aquí, pero al entrar en la atmósfera representará ochenta kilos adicionales que se sentirán mucho. Abandonaremos a Krogh en el espacio. Él seguirá dando vueltas a la Tierra durante muchos años, hasta que un día entre en la atmósfera y se convierta en pavesas, cuyas cenizas se esparcirán sobre mares y continentes. Bert no tenía familia. Para un cosmonauta, el espacio es la tumba más adecuada al espíritu que lo animó.

Los demás guardaron impresionado silencio.

Un empujón hizo salir el cadáver de Krogh por la escotilla. Mas como iba impreso de la misma velocidad que llevaba el cohete, su cuerpo quedó flotando en el vacío al lado del planeador, rígido en posición de sentado, como le había sorprendido el frío de la muerte. Y así daba la impresión ilusoria de tripular una nave espacial etérea, invisible... volando sobre la Tierra en un viaje fantástico que no iba a terminar nunca.

-¡Dios mío, es horrible! -se oyó gemir al millonario Dabney-. Yo lo maté. ¡Cierren esa puerta, por Dios!

Gustav cerró la portezuela. Luego se abrió paso hasta el sillón que antes había ocupado Krogh. Abrió la espita del aire comprimido y dejó que se formara en el interior de la cabina una atmósfera apropiada para que todos pudieran desembarazarse de sus escafandras. Entonces, Gus tomó los

mandos y se dispuso a frenar la velocidad del cohete, de modo que éste cayese hacia la atmósfera de la Tierra.

* * *

Los chorros de agua del auto-bomba estaban cayendo de nuevo sobre el incandescente planeador, mientras Gustav Bettelheim se arrancaba el casco y cerraba todos los conmutadores de su intrincado cuadro de mandos.

La portezuela posterior chimó al abrirse sobre sus goznes.

Los pasajeros, desfallecidos por la emoción de las últimas horas vividas en el espacio, estaban bajando por la escalerilla ayudados desde fuera por Fischart y Mary Clocher.

Cuando Gustav saltó por su portezuela a tierra, los pasajeros iban por su propio pie hacia el Hotel Planetario que se veía a doscientos metros de distancia.

Cornelia Dabney que se había quedado rezagada, se volvió de pronto y se dirigió hacia Gustav.

-Nadie le ha dado las gracias por su arriesgado salvamento -dijo la muchacha muy tiesa.

-No tiene importancia. Fue una experiencia nueva, pero no demasiado arriesgada.

La muchacha guardó silencio. Parecía deseosa de decir algo más y volvió la cara mirando hacia el grupo que se alejaba.

-¿Encarcelarán a mi padre? ¿Cree que le condenarán por la muerte de Krogh?

-Nadie ha denunciado todavía esa muerte a la Policía. Si fuesen otras las circunstancias, su padre pagaría su delito a un alto precio. Tal como andan las cosas en el mundo, no es probable que nadie se acuerde de abrir una investigación. Mis compañeros y yo hemos dado la versión de un desdichado accidente. La pistola se le disparó involuntariamente a su padre. Si usted consiguiera de los pasajeros un olvido semejante, su padre podría regresar a los Estados Unidos para esperar allí esa justicia más amplia y rigurosa que está a punto de caer desde el cielo sobre todos los hombres de la Tierra.

-Aunque usted no quiera creerlo, en realidad fue un accidente. Mi padre nunca se propuso matar a Krogh. De todos modos le estamos muy agradecidos, sí. Y a propósito de esto... se me ocurre una pregunta. Si sabe que de todos modos vamos a morir, ¿por qué nos salvó? ¿Valía la pena arriesgarse en el rescate de unas personas que a plazo más o menos largo están irremisiblemente condenadas a muerte?

-Todo ser humano está condenado a muerte desde el mismo instante de su nacimiento. ¿Dejamos por eso de salvarles, si es que está en nuestra mano hacerlo?

-Bueno, ése es un modo muy general de abarcar una cuestión -murmuró la joven bajando la cabeza. Le miró de pronto cara a cara-. No importa las razones que le impulsaron a hacerlo. Ahora comprendo que estaba equivocada respectó a usted. Discúlpeme. Y gracias de nuevo por cuanto ha hecho por nosotros.

Gustav la vio vacilar, dudando entre ofrecerle su mano o no. Finalmente ella hizo un movimiento leve con la cabeza y se alejó.

Gustav Bettelheim levantó los ojos al cielo, casi totalmente cubierto por aquella alta y amarilla nube que oscurecía el sol. En sus oídos volvieron a sonar las palabras de von Hohestaufen: «No tenemos tiempo que perder».

Al mirar en tomo y fijarse mejor, advirtió que la base estaba casi completamente desierta. El personal desertaba. Las gentes, entregadas al desaliento, abandonaban sus puestos de empleo y se escondían. Siempre que podían, las personas y los animales se escondían de la vista de sus semejantes para morir. El hombre, en especial, temía mostrar las flaquezas de su ánimo en el tránsito penoso de la vida a la muerte.

El final se acercaba. Era ya inminente.

Desde el fondo de su alma, Gustav sintió elevarse un grito de rebeldía. ¿Por qué las cosas tenían que ser así, y no de otro modo? ¿Merecía la pena haber nacido, si al fin uno tenía, que asistir a su propio fin sin serle permitido impedirlo o retrasarlo?

Gustav se hacía la misma pregunta que miles de millones de seres humanos se habían hecho una vez u otra antes que él. Siempre el hombre se sentía decepcionado en este momento angustioso y terrible de la muerte. ¿Merecía la pena haber nacido? Seguramente. De otra forma, la criatura humana no abandonaría el mundo de los vivos a regañadientes.

El piloto sacudió su rubia cabeza con abatimiento. Echó a andar. Después de todo, su momento, el momento en que se haría esta pregunta, no había llegado para él. A él sí le era dado retrasar «su momento». Tenía mucho que hacer.

CAPÍTULO VIII

Bajo el estímulo incansable de von Hohestaufen, la operación «Arca de Noé» se llevaba adelante con febril precipitación.

La nube radiactiva que ya cubría toda Alemania llevaba en sí el germen destructor que lentamente iba depositándose en fina e invisible capa sobre el suelo para contaminar cuanto tocaba.

La atmósfera, desgarrada por las gigantescas explosiones termonucleares, se comportaba de una manera extraña. Súbitos huracanes barrían toda Europa destruyendo lo que la maldad del hombre había conservado en pie. Aparatosas tormentas eléctricas, lluvias torrenciales e inundaciones se sucedían como si los cielos, desquiciados y coléricos, quisieran apresurar el fin de una Humanidad aturdida por el terror.

En toda Europa, como probablemente ocurría en el resto del mundo, los gigantescos y complicados engranajes de la economía se habían paralizado. La gente se comportaba de manera extraña, aplicándose la mayoría a la oración y el recogimiento en los templos, mientras otros se dedicaban a la orgía y el desenfreno.

La gente, en su mayoría, abandonaba las ciudades y marchaba al campo o la montaña. El hambre señoreaba los centros urbanos, sucios, silenciosos, abandonados. Los ferrocarriles, las líneas aéreas y todos los demás transportes habían dejado de funcionar. En la mayoría de las ciudades faltaban la luz, el gas y el agua. Los almacenes saqueados mostraban por sus puertas abiertas su desordenado interior. Los automóviles se veían abandonados por doquier, pues nadie se ocupaba de trasportar el combustible que todavía quedaba en las grandes refinerías de petróleo abandonadas. El caos se apoderaba del mundo al faltar el elemento vital; la voluntad humana.

Todavía algunos espíritus valerosos, con entera conciencia del deber, seguían de pie en sus puestos ofreciendo un ejemplo de serenidad y disciplina. Muchos médicos seguían ejerciendo su profesión recorriendo las calles de las ciudades medio desiertas en sus bicicletas. Algunas poblaciones todavía contaban con el suministro de energía eléctrica. Y se contaba el caso de un conductor de tranvía de cierta pequeña ciudad que, indiferente a todo y con la vieja pipa entre sus dientes, seguía guiando su tranvía por el itinerario de costumbre haciendo su jornada normal de trabajo.

Esto sin embargo no era lo normal, y en mitad de una serie enorme de dificultades tenía que luchar el tenaz von Hohestaufen para apresurar los preparativos de su plan.

A los cinco días de haber realizado su afortunado salvamento, Gustav Bettelheim se encontraba de nuevo tripulando un cohete en vuelo hacia la

Luna, llevando como carga un par de jóvenes ingenieros que iban a desmontar el reactor atómico de la base de la Luna para llevarlo en la expedición que marcharía a Marte.

Teubner, Steinmetez y Fischart pilotaban los tres cohetes restantes cargados de víveres en conserva y varias toneladas de máquinas-herramientas y material diverso.

Los planeadores, después de depositar su carga en la Luna, regresaron inmediatamente a Alemania.

En la Base Hohestaufen se iban reuniendo los componentes de la futura expedición, sabios, científicos, ingenieros e investigadores seleccionados entre los más jóvenes y capacitados de las universidades, centros de investigación y complejos industriales del país, un ejemplar de cada clase, como los animales que von Hohestaufen se proponía llevar en su expedición.

Cuando a los cinco días Gustav Bettelheim regresó de su vuelo a la Luna, encontró a la mayoría de los «invitados» de von Hohestaufen reunidos en el Hotel Planetario de la misma base. Los soldados que no habían abandonado sus puestos seguían guardando las cercas de acero y los accesos a la base.

Gustav vio con asombro algo así como un millar de personas de toda condición que en automóviles, remolques y tiendas de campaña se hallaban acampadas al otro lado de las cercas que separaban los terrenos de la Compañía de las marismas inmediatas al mar.

-Van acudiendo de todas partes con la ilusión de que queramos tomarlos a. bordo de nuestras aeronaves -dijo Hohestaufen a Gustav al ser preguntado por éste-. Una de esas pocas emisoras de radio que todavía funcionan, dio la noticia de que estábamos preparando una expedición en que salvaríamos a la Humanidad de su exterminio total llevando unas cuantas personas a Marte. La intención de la información era buena seguramente; dar al mundo el consuelo de que su progreso y su civilización no va a perderse en la esterilidad. Pero nos va a crear un problema a última hora, cuando nos vean preparados para partir. Entonces pueden intentar el asalto de nuestras naves... y ni siquiera podemos confiar demasiado en los soldados. Algunos de ellos tal vez se sumen al motín.

Hohestaufen estaba hondamente preocupado, y con razón. En los días siguientes, mientras se activaban los preparativos de marcha, iba en aumento el número de los acampados del lado exterior de las cercas.

Repetidamente, los acampados se acercaban a los accesos a la base llamando a los soldados y pugnando por entrar. Ciertas madres, con sus pequeños hijos en brazos, representaban a diario una escena conmovedora de llantos y ataques de histeria gritando a voz en grito: «¡Salvad a mi hijito. Llevadle al menos a él!».

La expresión de Hohestaufen iba haciéndose progresivamente sombría. Desde la escalinata del lujoso Hotel Planetario, con las manos en los bolsillos, se detenía a contemplar aquella chusma que se agitaba al otro lado de las cercas. Murmuraba palabras ininteligibles entre dientes, montaba en súbita cólera y se dirigía hacia donde el reducido personal trabajaba en la, puesta a punto de los cohetes.

-Hay que darse prisa -decía una y otra vez-. Hay que darse prisa o nunca conseguiremos salir de aquí.

Hohestaufen empezaba a darse cuenta del lado amargo de la empresa que había ideado. Gustav fue uno de los que se aprovecharon del estado de ánimo del potentado para coaccionarle.

-Usted todavía no le ha dicho a Jerry Teubner lo que se propone hacer con él -le dijo un día llevándolo aparte.

-No -contestó Hohestaufen sombrío-. ¿Para qué? Si supiera que no está en la lista de la expedición quizás se negara a ayudamos.

-Voy a decirle a Jerry la verdad.

Hohestaufen montó en cólera.

-¡No venga a aumentar mis problemas, Bettelheim! No puedo llevar en mis naves a todo él mundo. ¿Cree que veré con gusto como toda esa desdichada multitud se queda aquí abajo derramando lágrimas de decepción? ¡No! Con gusto les llevaría a todos si fuera posible. Pero no puedo. ¡No puede ser!

-Jerry, y también Mary Clocher, tienen que venir con nosotros. Si no me da su palabra de admitirles, Jerry y yo dejaremos de colaborar ahora mismo. Sus sabios, sus científicos y sus ingenieros tendrán que pilotar los cohetes por sí mismos para alcanzar la Luna.

-No intente coaccionarme, Bettelheim. No olvide que puedo prescindir también de usted.

-Si prescinde de nosotros tendrá que buscar otros pilotos. Pero ninguno querrá trabajar con usted si no les promete llevarles consigo.

-Está bien, llevaremos a Jerry. Pero a la señorita Clocher no la podremos llevar.

-Jerry ama a la muchacha. Si no la llevamos a ella también, él no querrá venir.

-¡Pues que se vaya al diablo Jerry! Encontraré otro piloto que quiera colaborar a cambio de una plaza única en nuestras aeronaves.

Gustav se alejó. Pero sabía que Hohestaufen cedería. El hombre de roca se estaba desmoronando moralmente. En su rostro, Gustav veía su padecimiento espiritual. Hohestaufen, el hombre que había concebido la idea grandiosa de salvar la especie humana, poseía un corazón inmenso en donde cabía su amor por toda la Humanidad.

Llamó a Gustav al día siguiente y le dijo:

-Está bien, Bettelheim. Llevaremos a Teubner y a la señorita Clocher... No sé cómo vamos a poder despegar con tanto peso, pero lo intentaremos.

Gustav pensó entonces en Cornelia Dabney. Acaso si ella hubiese estado aquí habría podido conseguir también una plaza para ella, como la había conseguido para la linda Mary Clocher. Pero los Dabney se habían marchado con el grupo de sus compatriotas, en busca de un barco o cualquier otro medio de transporte que pudiera llevarles a su patria. Seguramente estarían cerca a estas horas de las costas de América.

Los pilotos hicieron un segundo viaje a la Luna con sus máquinas enormemente cargadas. En cajones especiales, equipados con botellas de oxígeno para su trasbordo a las aeronaves, llevaban toda una granja de animales domésticos; cerdos, terneras, gallinas y hasta una pareja de potrillos recién nacidos. Todos eran animales pequeños a fin de economizar peso y espacio. Algunos crecerían en los tres largos meses de viaje creando penosos problemas a la expedición.

Una semana más tarde, después de haber descargado felizmente la granja en la Luna, Gustav y sus compañeros regresaron a la Base Hohestaufen de Alemania.

Los acampados en los alrededores de la base sumaban quizás cinco mil almas hambrientas y desesperadas. Muchos soldados habían desertado marchándose a sus casas. La expedición estaba completa o casi completa. Sólo faltaba un hombre, el famoso filósofo, escritor e historiador von Waldstein.

La misma tarde que los pilotos regresaron de la Luna, hallándose los futuros expedicionarios reunidos en el restaurante del Hotel Planetario, Hohestaufen rogaba a los miembros del sexo fuerte que colaborasen en la medida de sus fuerzas y sus conocimientos en la puesta a punto de los cohetes que debían llevarles a la Luna.

Más tarde, comentando el retraso de Waldstein, Hohestaufen dijo:

-Si el profesor no ha venido de aquí a cinco días, tendremos que partir sin él.

Al día siguiente, los pilotos y los contados empleados que seguían en sus puestos, empezaron a trabajar en los cohetes ayudados por algunos miembros de la expedición.

Ante la inminente proximidad de la fecha señalada para la partida, aumentaba la tensión tentó dentro como fuera del campo. De alguna forma, seguramente por los soldados que guardaban la cerca y los accesos a la base, los cinco o seis mil acampados sabían todo lo que ocurría en el campo.

La presencia de aquella gente en los alrededores de la base no tenía objeto. Ni aun queriendo habría podido Hohestaufen meter a la centésima parte de ellos en sus cuatro únicos cohetes. Sin embargo, aquella gente sin

esperanza aguardaba. No tenía otra cosa que hacer, sino esperar a la muerte con los brazos cruzados. Y probablemente, en la mente de cada uno de ellos, alentaba el secreto pensamiento de que quizás a él, entre todos, le fuera posible alcanzar una plaza en un cohete en la confusión del motín que, inevitablemente, se produciría en el momento de la marcha de los expedicionarios.

Por lo pronto, los cohetes tenían que ser colocados en posición vertical sobre sus secciones auxiliares, revisados y cargados de combustible.

-La gorda será cuando nos vean enchufar las mangas del combustible a los tanques -comentó Fischart.

Fischart era uno de los casos asombrosos que se darían en aquel desquiciado final del drama de la vida en el mundo. El piloto había renunciado voluntariamente a tomar el camino de Marte.

-Después de todo, la vida no debe resultar muy agradable para los que vayan a acabar sus días allí -solía decir-. A mí que me dejen morir en paz aquí en la Tierra.

Al ritmo de uno por día, los cuatro gigantescos cohetes fueron elevados por la enorme grúa y armados en posición vertical sobre sus secciones auxiliares. Fue una tarea ímproba, debido sobre todo a la falta de especialistas.

En la mañana del quinto día, el mismo señalado para la partida, mientras los mecánicos revisaban los motores, Hohestaufen llamó a Gustav y le dijo:

-Bettelheim, voy a enviarle a Hamburgo en nuestro helicóptero. El profesor Waldstein no ha aparecido, y han resultado infructuosos cuantos esfuerzos he hecho para comunicar por teléfono con Hamburgo. Los últimos tornados derribaron la línea, y nadie se ha preocupado de repararla. Buscará usted al profesor y lo traerá aquí. Tal vez no haya encontrado medios de transporte para venir.

-¿Es tan importante que venga ese profesor? -preguntó Gustav.

-Lo es. Waldstein representa treinta mil años de la historia de nuestra civilización. No podemos perder una joya tan valiosa.

A regañadientes, Gustav accedió a realizar aquel vuelo. Tomó las señas del profesor, llenó de gasolina el depósito del helicóptero y se elevó volando rumbo a Hamburgo.

* * *

Al llegar a Hamburgo, Gustav Bettelheim decidió aterrizar en su helicóptero en la zona del muelle donde aproximadamente quedaba el domicilio del profesor Waldstein.

Al parar el motor y echar pie a tierra, Gustav miró a su alrededor sobrecogido del silencio y la quietud que reinaban en el muelle. No se veía

una sola mácula de humo manchando el cielo amarillento y sombrío. Muchos barcos y un número enorme de barcazas y remolcadores estaban amarrados al muelle, mas en ninguno se advertía la más leve señal de vida. Las grúas permanecían inmóviles, las chimeneas fabriles apagadas. Ningún vehículo transitaba sobre el húmedo empedrado de las calles y los muelles ni se escuchaba el silbido de una locomotora, ni la sirena de un vapor.

Excepto por algunos pescadores que estaban pacientemente cogidos a sus cañas sentados en el borde del muelle o el banco de un bote, Gustav veía un anticipo de lo que sería el puerto de Hamburgo unas semanas después. Un lugar muerto, de donde el viento, la lluvia y los demás agentes atmosféricos, en años y siglos sucesivos, irían pudriendo, royendo, arrancando y demoliendo con lentitud las chimeneas de las fábricas, los armazones de las grúas, las planchas de los cascos de los buques, los edificios y los mismos muros de sillares de los muelles, hasta que no quedase nada y aquel lugar volviese a cobrar el aspecto que tenía antes que la planta del hombre primitivo hollara la corteza de la Tierra.

Estremeciéndose de frío ante esta visión anticipada del futuro, Gustav se dirigió a uno de los pescadores para preguntar por la calle donde vivía el profesor.

Convenientemente encaminado, Gustav marchó muelle abajo hasta una vetusta casa de altos miradores acristalados que daba sobre el río.

Una mujer anciana salió a abrirle.

-El profesor salió a pescar esta mañana. Lo encontrará por aquel varadero -dijo la anciana en respuesta a la pregunta de Gustav.

El piloto cruzó de nuevo la desierta calle tomando por la orilla del muelle hacia abajo. Dos hombres sostenían sus cañas de pescar sentados en el borde de la ribera. Cerca de ellos, una esbelta muchacha que vestía pantalón negro de «cowboy» y una blusa de cuello abierto, parecía contemplar estática el metálico reflejo de las aguas del río.

Al escuchar los pasos de Gustav sobre el empedrado, la muchacha volvió la cabeza y le miró.

Gustav se detuvo como fulminado por un rayo, y su corazón saltó empezando a latir con acelerados y dolorosos golpes. La muchacha era Cornelia Dabney. Sólo que suponiéndola camino de los Estados Unidos, Gustav temió ser víctima de una alucinación o bien encontrarse otra muchacha de extraordinario parecido.

-¡Cornelia! ¿Usted?

Los ojos de Cornelia Dabney se iluminaron. Avanzó impulsivamente hacia Gustav.

-¡Comandante Bettelheim!

Ella se detuvo y los dos se contemplaron. Gustav vio entonces que la joven estaba mucho más delgada. Sus mejillas estaban hundidas y círculos

violáceos rodeaban sus ojos, más grandes ahora que nunca.

Los dos hombres que pescaban volvieron la cabeza. Eran el millonario Dabney y su hijo Bob.

-¿Cómo siguen ustedes en Alemania? Les suponía navegando camino de América -exclamó Gustav con voz desfallecida por la emoción. Nunca pudo imaginar que le emocionara tanto encontrar de nuevo a Cornelia, y entonces comprendió que seguía amándola.

La joven hizo un mohín de hastío.

-No encontramos barco que nos quisiera llevar, y mucho menos para ir a los Estados Unidos. Las tripulaciones habían abandonado sus barcos... las compañías navieras habían suspendido la salida de todos los buques. ¿Pero y usted, cómo está aquí? ¿Todavía no emprendieron su proyectada expedición a Marte?

Había amargura en el acento de la muchacha. Gustav de pronto la cogió de una muñeca y tiró de ella.

-Tiene usted que venir conmigo, Cornelia.

-¿Cómo dice? -era el millonario Dabney que se había puesto en pie y se acercaba a la pareja.

Gustav le miró con pupilas relampagueantes.

-Digo que Cornelia viene conmigo.

-¿A dónde?

-¡A Marte!

La mano de la muchacha temblaba entre las de Gustav. Sus ojos se iluminaron un instante. Luego se como sobre ellos un velo de tristeza.

-El señor Hohestaufen no me aceptaría ¡Qué digo! Tampoco podría abandonar a papá y a Bob.

Dabney avanzó un paso y clavó sus dedos en el brazo de Gustav.

-¿Puede llevarla a ella, Bettelheim? -preguntó roncamente.

-Sí. Obligaré a Hohestaufen a que la admita. Ya conseguí que admitiese en la expedición a Jerry Teubner y la señorita Clocher. Tendrán que admitirla... o un cohete se quedará sin salir con todos sus pasajeros arriba.

Dabney asió a su hija por un brazo y la empujó rudamente hacia Bettelheim.

-Entonces... ¡ve con él!

-¡Papá! -protestó la muchacha palideciendo-. No puedo hacer eso. No querrás que os abandone.

-Ve con él -rugió Dabney furioso-. Tú le amas. Serás feliz en cualquier parte a donde vayas con él. Quedándote conmigo no podrás remediar nuestra suerte, la mía y la de Bob. Sálvate tú al menos.

-¡No, no! -la muchacha se echó a llorar negando repetidamente con la cabeza ante Gustav-. ¡No puedo hacerlo, no puedo!

-Comandante, llévesela aunque sea a la fuerza -dijo Dabney. Y de un

brutal empujón lanzó a la muchacha entre los brazos de Gustav.

Cornelia Dabney, sollozando, se apretó contra el piloto descansando su cabecita en el hombro de él. Gustav le acarició los cabellos.

-Venga conmigo, Cornelia. Su padre está en lo cierto. Su sacrificio de usted no mejorará ni evitará la suerte que Dios les depare a ellos. Ojalá pudiera llevarles a todos, pero yo tendré que librar una batalla para que me dejen llevarla a usted.

Ella movió la cabeza asintiendo, derramando nuevas lágrimas sobre el hombro de Gustav.

Un hombre anciano con barbas blancas salió por detrás de un bote en el varadero cercano. Gustav recordó entonces al profesor Waldstein. Tomó a Cornelia por una mano y se acercó al anciano.

-¿Es usted por casualidad el profesor Waldstein?

-Lo soy, joven... por la misma casualidad que determina la personalidad de todos los hombres.

-Perdone, usted sabe lo que quise decir. Soy el comandante Bettelheim de la Compañía Hohestaufen de Navegación Astronáutica. El señor Hohestaufen me envía a buscarle. La expedición debe salir esta misma noche. He traído un helicóptero para llevarle a nuestra base de Norden.

Waldstein sacudió su blanca cabeza sonriendo.

-Sí, recibí a tiempo la invitación del señor Hohestaufen -se interrumpió contemplando con curiosidad a Gustav-. No voy a ir.

-¿Cómo?

-Dígale al señor Hohestaufen, que aunque agradecido, declino su invitación. Mis huesos son demasiado viejos para someterlos al traqueteo de ese azaroso viaje a Marte. Pero además hay otra razón.

-¿Otra razón? ¿Cuál? -preguntó Gustav sorprendido.

-El señor Hohestaufen está en un error respecto a ciertas cosas. Dígale de mi parte que la colonia que él se propone fundar en Marte no necesita recibir lecciones de Historia para prosperar. La Historia pertenece al pasado, y esa joven colonia no debe volver la cabeza atrás para contemplar su pasado, sino mirar al frente hacia su futuro. Ninguna conclusión aleccionadora se puede obtener del examen de la Historia. Durante miles de años, una vez y otra, los hombres han incurrido en los mismos errores. Tendría que surgir una raza nueva en el mundo, una raza de hombres hermanados en una misma religión, una sola lengua y una sola nacionalidad, para que movida por un solo impulso realizara el milagro de suprimir las guerras y repartir por igual las riquezas del mundo. Esa nueva raza puede decirse que acaba de nacer en ustedes, los hombres y mujeres que formarán una nueva colonia en Marte. Váyanse ustedes en paz y ojalá sean capaces de crear una nueva y joven Humanidad en la que estén corregidos todos los errores de este viejo mundo. No necesitan tener una

historia propia. Los pueblos jóvenes y sin pasado son los que crecen y crean más aprisa. En su mano está saber aprovechar esta oportunidad de nacer de nuevo.

Gustav contempló al anciano filósofo lleno de admiración.

-Nuestra colonia no perderá nada sin la Historia, pero echará mucho de menos sus consejos de usted. ¿Me honrará estrechando la mano?

La débil y arrugada mano del anciano estrechó la mano vigorosa del joven cosmonauta.

-¡Adiós! -dijo Gustav soltando bruscamente la mano del sabio.

Cogió a Cornelia Dabney por la muñeca y tiró de ella llevándola consigo.

-¡Suélteme... deje al menos que abrace a mi padre! -se resistió la muchacha.

-No -dijo Gustav tercamente mientras la arrastraba a lo largo del muelle-. Si lo hace tal vez le falten las fuerzas para abandonarlo. Vámonos así. Dígale adiós con la mano.

-¡Papá!

-¡Adiós, hija! -contestó Dabney saludando con la mano desde la distancia que aumentaba por momentos.

La muchacha sollozaba cuando Gustav la obligó a subir al helicóptero. Todavía miraba hacia el muelle, pero desde allí ya no podía ver a su padre y su hermano.

El motor arrancó rugiendo. La máquina se elevó sobre la desierta Hamburgo y enfiló rápidamente al Oeste pasando sobre los tejados de la silenciosa ciudad.

* * *

Eran las cuatro de la tarde cuando Gustav Bettelheim llevó el helicóptero por encima del Hotel Planetario y tomó tierra en la pista de cemento cerca de los cuatro cohetes colocados en línea.

Por lo que Gustav pudo ver, los cohetes estaban siendo aprovisionados de combustible.

Había movimiento en la base. El gentío bramaba al otro lado de las cercas, que los soldados vigilaban intranquilos teniendo en sus manos los fusiles con la bayoneta calada. Los expedicionarios; hombres, mujeres y niños, esperaban con sus ligeros hatillos de ropa y sus maletines formando un grupo asustado no lejos de los planeadores.

Mark Hohestaufen salió al encuentro de Bettelheim.

-¡Gracias a Dios que llega a tiempo! Media hora más de retraso y podría echarlo todo a perder. Hemos tenido que adelantar la hora de la salida. El oficial que manda la tropa no responde de que pueda contener a ese gentío unas horas más hasta la noche. ¡Hola! ¿Quién es esta chica?

-La señorita Dabney.

-¡Oh, sí, la recuerdo! -los ojos saltones de Hohestaufen expresaron su alarma-. ¿Por qué la ha traído aquí?

-La señorita Dabney viene con nosotros.

-¡Maldición, no! -bramó Hohestaufen-. ¿Qué se han creído que es esto, un Arca de Noé? ¡No podemos llevar a todo el mundo! ¡No y no!

-La señorita Dabney no representa una carga adicional. El profesor Waldstein ha renunciado a su plaza en favor de la señorita Dabney.

-¿Quiere que me crea eso? ¡Apuesto que ni siquiera buscó al profesor!

-Se equivoca, lo buscó y lo encontró -dijo Cornelia Dabney-. El profesor no quiso venir. Dijo que no hacía falta. Y también dijo algo así como que las naciones no se forman mirando al pasado, sino haciendo frente al futuro.

-¿Qué? -Hohestaufen se quedó mirando a la muchacha-. Bueno, bueno. Es demasiado tarde para discutir. Vayan hacia los aparatos. Despegaremos dentro de unos minutos.

Gustav tomó a Cornelia por la mano llevándola hasta el pie del cohete planeador que él solía tripular. En este momento era desenchufada la gruesa manguera que había impulsado varias toneladas de carburante y oxígeno líquido hasta los depósitos del cohete.

-¡A los cohetes! -gritó Hohestaufen corriendo a lo largo de la fila de máquinas.

Se escuchó un rugido de furia prorrumpido por seis mil gargantas. El público que se amontonaba ante las cercas de malla de acero había roto estas cercas por varios puntos a la vez e invadía el campo corriendo hacia los cohetes. La distancia más corta desde cualquiera de las cercas a los cohetes no era inferior a medio kilómetro.

-¡Vamos, a los cohetes! -repitió Hohestaufen.

Los expedicionarios salieron de su inmovilidad dividiéndose en cuatro grupos, cada uno de los cuales corrió hacia uno de los cohetes.

Gustav empujó a Cornelia hacia la escalerilla metálica.

-Sube tú primero. A la última escotilla. Vendrás a mi lado.

La chica empezó a gatear por la escalerilla seguida a corta distancia por Gustav. Otros siete pasajeros llegaron en tropel y empezaron a subir hasta la escotilla inferior.

Batiendo todas las marcas de velocidad, el tumulto avanzaba a través del campo en forma de oleada envolvente que iba a cercar los cohetes, posados verticalmente junto a sus respectivas torres.

Un pelotón de soldados que había permanecido cerca de las máquinas salió al encuentro de los amotinados. Trepidaron las ametralladoras. La primera oleada cayó, pero la multitud siguió avanzando sobre los cuerpos de los que habían caído. Luego, la multitud arrolló a los soldados que

retrocedían. Las tropas fueron absorbidas por el tumulto y la ola siguió adelante. Nada parecía capaz de detenerla.

-¿Todos dentro? -gritó Gustav hacia los pasajeros que se amontonaban en el compartimento de abajo con sus fardos y sus maletas.

-«Sí» -dijo una voz.

Gustav apretó un botón. Luego otros. Las portezuelas se cerraron automáticamente.

A través del cristal de la cabina, Gustav alcanzó a ver a los que llegaban destacados del resto del tumulto. También vio con asombro a Mark von Hohestaufen que enarbolaba una barra de hierro y salía al encuentro de los amotinados.

-¡Hohestaufen! -gritó Gustav, aunque el potentado no podía oírle.

Von Hohestaufen se volvió, levantó el rostro y le hizo imperiosas señas con el pulgar hacia arriba para que arrancase.

-¡Pero no le podemos dejar abandonado ahí! -gimió Gustav.

-¡Despeguen! -gritó Hohestaufen desde abajo. Luego volvió la espalda a los cohetes y corrió a enfrentarse con los primeros amotinados que llegaban.

Gustav apretó un botón.

Von Hohestaufen acababa de derribar a dos hombres con un golpe de barra y hacía frente a otros tres cuando se escuchó a sus espaldas un bramido terrorífico.

La multitud se detuvo. Los cuatro cohetes rugían envolviéndose en sendas nubes de humo y de llamas. Lentamente al principio y acelerando con rapidez, los cohetes empezaron a elevarse majestuosamente en el espacio. El gentío retrocedió en impresionante silencio.

Conectando la cámara televisora que apuntaba hacia atrás, Gustav vio cómo la Base Hohestaufen se hundía y empequeñecía en la distancia.

El cohete estaba en el aire y sus tripulantes sintieron el brutal empujón de los motores que ya habían dejado de oírse. Gustav volvió el rostro hacia Cornelia Dabney y recibió una pálida sonrisa de recompensa. Entonces, Gustav Bettelheim alargó su mano y se encontró con la de la chica.

Las dos manos enlazadas cayeron sobre el brazo del sillón a medida que aumentaban las fuerzas «G». Unos minutos después se apagaba la última sección del cohete, y al pasar al estado de ingravidez, Gustav volvía a experimentar aquella inefable sensación de gozo que siempre le invadía en este momento.

Sólo que en aquella ocasión, su gozo era doble mayor por el hecho de tener junto a sí a la mujer amada.

FIN

El mundo no se había enfrentado jamás a una amenaza igual a la de aquellos extraños seres venidos de otro planeta.

VAN S. SMITH

creador de otras obras de aventura ficción, cuyo recuerdo perdura en sus lectores, describe ahora los horrores vividos por un grupo de terrícolas prisioneros de los crueles Hombres-Insecto a bordo de la fabulosa cosmonave de aquéllos.

DIABLOS EN LA IONOSFERA

es un relato trepidante de la aventura de estos hombres que buscaron y encontraron su libertad a costa de un heroísmo extraordinario, y luego, uno de esos hombres, llevó a un ataque victorioso a las fuerzas unidas de todo el mundo contra los invasores.

Singular relato que se publicará en nuestro próximo número de la interesante colección

Luchadores del Espacio

TIP. ARTÍSTICA. Precio: **6** pesetas